BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

LOS SERES PENSANTES

marcus sidereo

CIENCIA FICCION

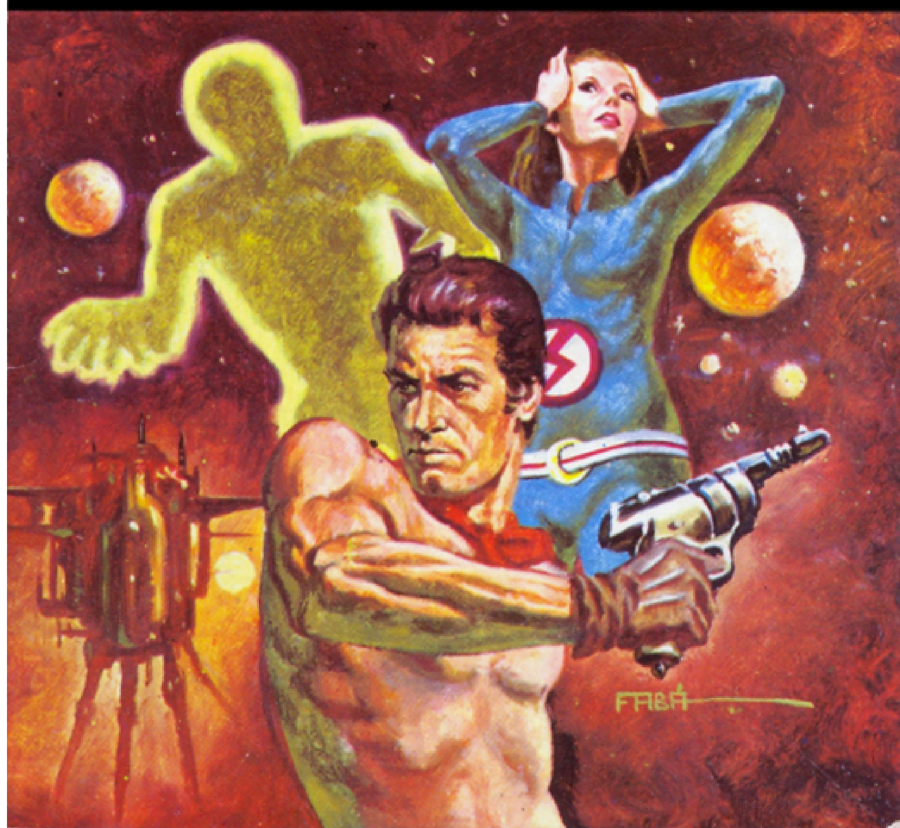


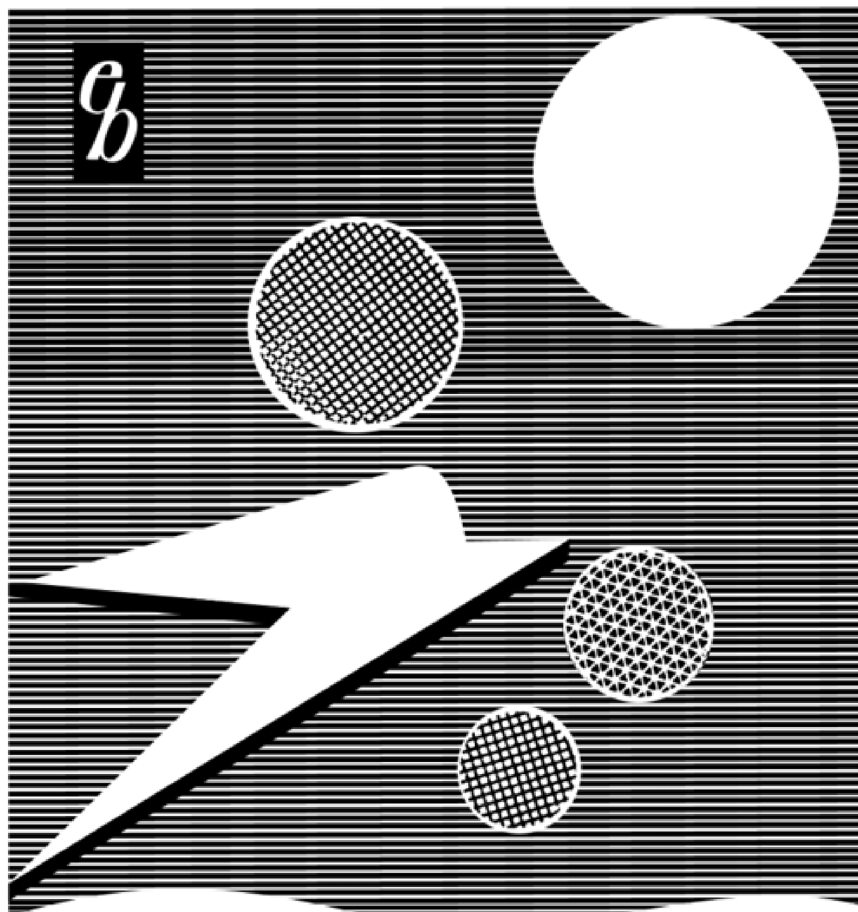
BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE
la conquista DEL ESPACIO

LOS SERES PENSANTES

marcus sidereo

CIENCIA FICCION





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

204 — Titanes de vida eterna. *Curtis Garland*.

205 — Ultradiamantes. *Clark Carrados*.

206 — Nosotros los contaminados. *Curtis Garland*.

207 — Guerra en Marte II. *Glenn Parrish*.

208 — Peregrinos del tiempo. *Clark Carrados*.

MARCUS SIDEREO

LOS SERES PENSANTES

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 209

Publicación semanal.

Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 26.411- 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: agosto, 1974

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1974

CAPÍTULO PRIMERO

—Escuchad, hombres del Ocio. Despertad de vuestro letargo.

No os debéis conformar con la vida vacía que lleváis, gracias a los adelantos que la técnica os ha proporcionado. ¡Pensad en los demás! ¡Existen otros mundos! Existen otros seres a vuestra imagen y semejanza... Existen lugares de miseria, a los que es preciso ayudar

para que todas las criaturas del Cosmos puedan disfrutar de…

El heraldo, acompañado de su corte de "hermanos", continuó hablando a una multitud indolente y escéptica que, a orillas del gran lago, permanecía tumbada al calor del astro que generaba el mantenimiento de la vida.

Hombres y mujeres cubiertos con taparrabos, oían sin escuchar. Ni siquiera hablaban. Tampoco su actitud podía estimarse como contemplativa. Se limitaban a vivir como cualquier vegetal.

—…¡Estáis atontados por una sociedad progresista, que os ha anulado! —seguía diciendo el .predicador—. Sois esclavos de vuestro propio bienestar. No vivís… y si lo hacéis es como los parásitos improductivos…

Ninguno de los desocupados movía un solo músculo de su faz. Las palabras no hacían mella en los vagabundos de la ciudad del Ocio, como les llamaba el predicador.

Tory, el joven policía, se aproximó al *bungalow* de Dyna, cercano al gran lago, pero protegido de la masa por altos y bien cuidados arbustos, que bordeaban su jardín.

Hasta allí llegaban las palabras del predicador por un extraño eco del terreno, o acaso por la claridad y potencia con que eran pronunciadas.

—Ya están aquí otra vez —murmuró la muchacha. Era bonita, con un cuerpo realmente escultural, propio de aquella sociedad que había alcanzado la perfección completa en todos los órdenes—. Son idiotas. Van a llevarlos al campo de la muerte. Deberías advertirles, Lory. Deberías hacerlo, antes de que den la orden de detención contra ellos.

Lory se sentó sobre las piedras blandas que constituían un adorno más del jardín y un lugar para descanso. Todo estaba construido para el mismo fin: el descanso.

—Sería inútil, Dyna —comentó Lory, apesadumbrado—. Ellos no creen en la violencia. Predican lo contrario. Ni siquiera van armados…

—Pero tú sabes que está prohibido perturbar a la gente.

—Ellos no perturban a la gente, Dyna. Predican. Piden ayuda para los suyos. Y tienen razón en hacerlo.

—¡Lory! —exclamó la muchacha, aterrada—. No deberías decir esto…

Tenemos nuestras leyes.

— Lo sé, querida mía. Lo sé…

— Esos extranjeros vienen a perturbar nuestra paz.

— Eso no es cierto, Dyna. Pretenden abrimos los ojos. Enseñarnos nuevas razones para vivir… ¡Oh! Es espantoso ver ese espectáculo diario de gente vagabundeando. Todos tienen sus propias máquinas que realizan el trabajo. Les basta una jornada para programar la faena…

—Vivimos bien así… Costó muchas generaciones conseguir el completo ocio.

—Temo que tú no puedas comprender, Dyna… Nos han anulado la personalidad. Los dirigentes no quieren comprometerse. Vivimos aislados en nuestro propio medio… No tenemos inquietudes. A nadie le preocupa la historia ni el porvenir. Se ha perdido el arte de hablar y el de pensar. Nos lo dan todo hecho, y nuestro planeta con su poder total, vive de las injusticias que perpetra contra los hermanos del Cosmos. Por eso nuestros dirigentes no quieren que despertemos.

—Lory, no te comprendo… Nuestros dirigentes se preocupan de nuestro bienestar.

—Un bienestar conseguido a costa de la miseria ajena, debería llenarnos de vergüenza…

—¡Lory! Si mi padre te oyera hablar así…

—De sobra me conoces, Dyna. Sabes cómo pienso. Soy hijo de un hombre que, en su tiempo, predicó, tratando de abrir los ojos a sus conciudadanos. Por eso le mataron.

—¿Le mataron? Fue un accidente…

—No existen los accidentes, querida Dyna. Le mataron.

—Acusas a mi padre, Lory…

—No, querida. Él no ordenó su muerte. Creo que, en el fondo, tu padre piensa como yo…

—Pero él es el Jefe Supremo.

—Está metido en el sistema, pero estoy seguro de que no cree en él. A

pesar de toda su energía. Es difícil apartarse de todo esto, cuando se ha obtenido el bienestar, y asusta renunciar a él.

—Lory, a veces no te comprendo... Sólo te quiero, y quisiera entenderte...

—Me entenderás cuando comprendas que existen otros lugares donde la gente padece, sufre, no puede comer y está esclavizada... Es eso lo que predican los “hermanos”.

—Los “hermanos” son extranjeros.

—No hay extranjeros entre seres vivientes, Dyna. En la declaración del Cosmos, que todos firmaron, todos somos hermanos, iguales los unos a los otros. Nuestra patria no cumple este mandato...

Las palabras de Lory quedaron ahogadas por las sirenas de los agentes de seguridad.

Los poderosos alaridos de los instrumentos de percusión, anunciaron la llegada de los poderosos.

La guardia, equipada como en ningún otro lugar del Cosmos, se disponía a barrer a los “hermanos”.

Entre la gente del lago hubo algunas sonrisas, pero los más continuaron indiferentes, cuando los blancos bajaron de sus turbinas para rodear a los “hermanos”.

Un centenar de guardias acorralaron a los indefensos extranjeros. Su predicador y la media docena que le acompañaban no se inmutaron lo más mínimo.

Y el predicador aún continuó alzando su voz para repetir, una vez más:

—No abogamos por la violencia. No hay nada que no se pueda conquistar por medios pacíficos. La inteligencia suple siempre a los medios coercitivos. Juntos. Pensad... Pensad...

Pensad...

La turba blanca se llevó a los indeseables extranjeros. Una turbina especial se elevó por los aires, llevándose a los siete extranjeros, perturbadores del bienestar.

El jefe de la guardia ordenó, a través del transmisor:

—Directamente, al campo de castigo.

En el gran lago, alguien, haciendo un esfuerzo de pensamiento, murmuró:

— Acabarán con ellos, como los otros, y el interlocutor comentó:

— Esos vienen a morir porque sí. Deben estar locos...

* * *

—¡Locos! Eso es lo que piensa la gente que son. ¡Locos! —exclamó Lory.

Delante de él estaba el Gran Stroud, el padre de Dyna. El gran Jefe del Sistema, en la sala privada de recepciones del Gobierno.

—Ya está bien. Lory. No debería consentirte que abogaras por ellos. Tú también eres un guarda.

—Tú me diste categoría de Inspector. No soy un simple guarda, pero lamento no poseer la clase de ejecutivo.

—¿Para qué la quieres?

—Para impedir que asesinen a los "hermanos".

—Son enemigos...

—No lo son. Vienen a pedir para los suyos, y deberíamos ayudarles. Nadie les escucha. No es digno, Stroud. Tú no puedes pensar que sea digno.

—¡Pensar, Lory! ¡Pensar! Es una palabra desfasada. Pensar crea problemas. Aquí la gente no los tiene.

— La gente aquí, vegeta. En vez de leer, se atiborra de imágenes. Recibe instrucciones a través de las imágenes, programa su trabajo automáticamente. Vive sin provecho para nadie, como cualquier animal irracional.

—¡Calla! No hables así. Si te oyeran...

—¡Que me oigan, Stroud! Es la verdad. Nadie piensa. Tienes razón... Se les ocurre que los extranjeros deben morir porque es costumbre, pero nadie piensa. Ni en bien ni en mal. Nadie se preocupa... ¿Y qué hay de la declaración del Cosmos?

—Cada cual tiene que solventar sus problemas...

—¿Y la ayuda mutua? Todavía existen esclavos, miseria y hambre... ¿Por qué no contribuir a remediarlo?

—Basta, Lory. No es nuestro problema. La ley es la ley.

—Una ley hecha por nosotros mismos, que nadie se atrevería a rebatir, sin sufrir las consecuencias. La gente vive atontada. Y tiene que decir que si a todo. ¡No creo en la ley unilateral, Stroud!

—¡Basta, he dicho!

—Ordena que dejen regresar a esos hombres, Stroud. Hemos asesinado a demasiados.

—Así no volverán.

—Vuelven, a pesar de todo.

— Si quieren ser mártires, allá ellos.

—Saben que algún día triunfarán... Si no lo consiguen ellos, lo lograrán otros. Al fin, la inteligencia vencerá a la fuerza, Stroud.

El Gran Stroud estaba cansado de oír, de rebatir.

—Tengo que ordenarte que salgas de mi presencia. ¡Ahora mismo!

—Si, gran señor ... Pero no te olvides del Consejo. Si siguen las matanzas, tomarán parte en el asunto. Y el Consejo está formado por seres inteligentes... —Excepto nuestro representante, que está tan abotargado como nosotros... Pero si deciden hacer justicia, gran señor, ¡pobres de nosotros!

Lory abandonó la sala privada de recepciones con aire altivo, y el Gran Stroud guardó silencio, apretando los puños, mordiéndose la lengua para no replicar. Tal vez porque, como dijo Lory, en el fondo también condenaba el sistema.

* * *

Los “hermanos” se hallaban en el campo de castigo, contra la pared reflectante. Nadie podía escapar de allí. El material translúcido les retenía contra los muros. Cualquiera podía ser testigo de la pena que, sin juicio, se imponía a los condenados.

Frente a los siete “hermanos”, se hallaba el jefe de la manipulación.

La sentencia se cumplía rápidamente. Bastaba que de la cabina de control se conectara la descarga necesaria, luego, el jefe de la manipulación tenía que acoplar los cristales para que la onda destructiva de células actuase por si misma.

Y el control transmitió la onda. El jefe de manipulaciones ajustó los cristales dentro de la cabina, y los rayos destructores entraron en funcionamiento.

Los condenados lanzaron un grito, todos a la vez. El rayo les había alcanzado, a partir de aquel momento, comenzaba la combustión que destruía las células.

Durante unos instantes las siete formas humanas se retorcieron, luego, el fuego abrasador hizo de cada uno de ellos un montón de materia, que se consumió rápidamente.

Carne y huesos fueron desapareciendo poco a poco. Instantes más tarde, en el lugar donde estaban los condenados no quedó absolutamente nada, ni siquiera una mancha. Habían desaparecido por completo.

Era la justicia del Planeta del Ocio…

CAPÍTULO II

Maknell, jefe de deliberaciones del Consejo del Cosmos, se hallaba en la Estación Observadora, reunido en la sala de juntas con los veinte compañeros que componían la dotación.

—No es justo —dijo—. Ustedes han sido testigos. Desconectó el aparato receptor de imágenes, y añadió:

—No se cumplen los pactos del tratado.

Se levantó el representante de Stroud para tomar la palabra.

—Si es justo, presidente. Los “hermanos” están violando la soberanía de un país.

— No existe violación, cuando no se emplea la fuerza. Los “hermanos” tratan de que vuestra gente tome conciencia. No les dejan hablar. Les matan para que no despierten la curiosidad. No es justo. Los que crean lo mismo, que se pronuncien — insistió Maknell.

Cada miembro tenía su cuadro de decisiones frente a si.

Bastaba pulsar un botón para transmitir su respuesta.

—¡Un momento! —protestó el representante de Stroud— . Se está tratando de una cuestión de mi país. Debo ser oído, antes de proceder a la votación.

—No es con palabras con lo que debe convencemos, sino con hechos. En su país se mata, se asesina sin piedad, se ejerce la tiranía. Deberás advertir seriamente a tu jefe de las consecuencias que de sus actos se puedan derivar. Y ahora, procedamos a la votación.

* * *

El representante permanente de la Estación Observadora se entrevistó con el Gran Stroud, con carácter urgente,

—¡Condenados, señor! ¡Estamos condenados! Desencadenarán la guerra contra nosotros, si no cambiamos nuestras estructuras.

Stroud, que había atendido al representante en su domicilio particular, cercano al gran lago, se mostró indignado.

—¡Si nos atacan, infringirán las leyes!

—No seas sarcástico, Stroud —intervino Lory, apareciendo por el fondo de la sala particular—. Nosotros somos los primeros en

infringirlas...

—¡Nadie te ha dado permiso para meterte en cuestiones de Estado, Lory! Estás abusando de mi condescendencia.

—Estoy tratando de salvar a nuestro país. ¡Nos han condenado!

—¡Está bien! Si nos atacan, serán tratados de la misma forma. ¡Somos los más poderosos!

—Lo somos en armas, Stroud, pero no en inteligencia.

—No hemos conseguido nuestra superioridad por falta de ella...

—Os creéis inteligentes porque estáis en el poder, sólo porque habéis heredado lo que otros inventaron.... pero no podéis contar con el pueblo. Lo habéis aturdido con comodidades. Nadie será capaz de luchar. Nadie tiene iniciativa...

—Tenemos guardias suficientes para pulverizar al enemigo, apenas traspase los limites jurisdiccionales del espacio— replicó Stroud.

—No seas estúpido, Stroud. A ellos no les hacen falta armas. Poseen inteligencia... Y medios. Lo sé. Lo presiento... Mientras nosotros hemos estado tumbados a la orilla del lago, dejando que los robots hicieran el trabajo, ellos han utilizado la inteligencia, el cerebro... Haz caso a nuestro representante, convoca un Consejo, revisa las leves. Bajemos del pedestal en que injustamente nos hemos colocado... Tú lo sabes, Stroud... Habla al Consejo. Si nos declaran condenados, no tendremos nada a ganar...

Stroud quedó pensativo.

—Dejadme solo. Ya he oído bastante. ¡Vamos! Dejadme solo... —soltó al fin.

El Gran Jefe Stroud no dejaba de comprender la razón de los que pedían justicia, pero estaba demasiado comprometido con el régimen que él mismo gobernaba, por tradición familiar.

Tal vez demasiado cansado o víctima de un exceso de triunfalismo, temió tomar una decisión por si mismo y, al convocar el Consejo, dejó que fueran los demás quienes deliberaran.

La respuesta fue casi unánime:

—¡Somos los más fuertes!

—¡Triunfaremos!

—¡Demos una lección a quien pretenda perturbamos!

—¡Si quieren guerra, aniquilémosles!

El triunfalismo seguía.

El representante regresó con la respuesta recibida.

—De acuerdo con mi país, nada variará. Si el Consejo Observador decide romper nuestras relaciones, tengo órdenes de regresar.

Tras la deliberación, Maknell, muy solemne, autorizó:

—Puedes regresar. Desde este momento, tu país queda excluido del pacto; sois Estado no grato en el Cosmos. Os atendréis a las consecuencias.

Aquella ruptura, lejos de preocupar a la Nación del Ocio, estimuló a sus gobernantes.

Los diálogos de los especialistas inundaron todos los hogares.

Las imágenes de los receptores, hora a hora, transmitían discursos bélicos, asegurando que aplastarían cualquier intento de invasión.

—...Demostraremos que somos superiores, y aniquilaremos a quienes pretendan alborotar el orden establecido en nuestras leyes.

Lory cortó la imagen:

—Es la destrucción, Dyna. No se dan cuenta —comentó.

—¿Y qué podría hacerse? —inquirió ella.

—Dejar que la gente escuchase, que tomase partido en las grandes decisiones. Yo sé que muchos estarían dispuestos a colaborar con los oprimidos, dándoles lo que a ellos les sobra. Aquí hay mucho, y también existirían buenos cerebros, si los dejaran desarrollarse. Dar a los demás es vivir. Y en vez de ayudar, preferimos matar... Voy a renunciar a mi cargo. Hablaré con tu padre.

—Le darás un gran disgusto. El te aprecia.

—Sé que podré hacer más por mi país, si estoy fuera del sistema.

—Eso significará separamos, Lory.

—En estos momentos, Dyna, me consideraría un gran egoísta si antepusiera mi amor por ti a nuestro futuro. Debo hacer algo para impedir la catástrofe.

—¿Una catástrofe? Pero... ¿qué puede pasar? Somos los más poderosos.

—Mi pobre Dyna... Tú tampoco comprendes... Nunca te ha faltado nada. Ignoras lo que son penalidades.

—A ti tampoco te ha faltado nada.

—Yo he leído los informes que dejaron mis antepasados.

Sé lo que era nuestro habitáculo, antes... Sé las cosas horribles que sucedieron. Seguramente las mismas que ahora ocurren en otros lugares de los que ignoramos todo porque no quieren informamos. Y las mismas que ocurrirán aquí si perdemos esa guerra...

—¿Adónde irás?

—No lo sé, pero dondequiera que esté, podré hacer más por todos.

Lory abrazó a la muchacha.

Luego se entrevistó con el padre de Dyna, para presentar su renuncia.

—Debe ser aceptada. No puedes tomar ninguna determinación hasta recibir la orden —repuso Stroud.

—Lo siento. Hago uso de mis derechos de libertad. Aquí tienes mi placa de nombramiento. Adiós, Stroud. Renuncio a todo.

Nadie parecía preocupado por lo que iba a suceder. No se le concedía importancia alguna. Si algo ocurría, todo el mundo pensaba que no les atañería a ellos. De acuerdo con los discursos, cualquier enemigo sería aplastado.

La guerra empezó muy poco después. Hubo un comunicado. El jefe de deliberaciones del Consejo del Cosmos pidió una reparación por los crímenes cometidos.

—Ayuda para los planetas indigentes, medios, máquinas, ciencia. Si no se hace caso a nuestra petición, se entenderá que existe animadversión hacia los Hermanos del Cosmos.

No hubo respuesta. Llegó un ultimátum:

—Los responsables de las muertes de los inocentes deben someterse a juicio.

Tampoco hubo respuesta. .

El silencio fue interpretado como un desprecio. Maknell ordenó el castigo.

Fue una guerra corta.

Las turbinas de los ejércitos aliados del Cosmos, aunque poderosas, no podían competir con las supermecanizadas de sus oponentes.

La batalla se libró en el espacio y las huestes de Stroud abatían a sus enemigos apenas eran vislumbrados por los poderosos detectores.

Los proyectiles aniquiladores, manejados por control, volatilizaban los transportes enemigos.

Pero los comandantes no se conformaron con el triunfo, sino que quisieron demostrar su poderío a la población civil.

Randell, por ejemplo, manifestó, pletórico de euforia,

—Les daremos una lección de nuestro poderío, para que jamás se les ocurra volverse contra nosotros.

Nadie discutió su orden, y la lluvia de proyectiles aniquiladores llovió sobre ciudades enteras, arrasándolas por completo.

Seres prácticamente indefensos eran reducidos a la nada.

Grandes ciudades quedaron convertidas en campos rasos, repletos de cascotes y escombros.

—¡La victoria ha sido completa! Somos los mejores. El Cosmos ha pagado cara su osadía —empezó Randell, en un magno discurso, difundido por los medios visuales que controlaba el Gobierno.

Las palabras eran escuchadas con escepticismo por una sociedad que se había acostumbrado a no dar importancia a nada, que vivía por vivir, sin afanes, sin luchas, sin futuro por el que luchar. Nadie se daba cuenta de que estaba muerto en vida.

Fue entonces, en medio de aquel discurso, cuando tuvo lugar un

hecho, en principio sin importancia.

Se declaró un incendio en una de las Universidades secundarias, precisamente en un día considerado festivo para celebrar la rápida victoria sobre el enemigo.

El hecho no era frecuente. Algo debía de haber fallado en el material incombustible con que se construían todos los edificios de la Gran Ciudad.

El Parque de Emergencias acudió presto a sofocar el siniestro, y en seguida se llegó a una conclusión:

—El incendio ha sido provocado. Ahí está la prueba.

La prueba estaba en el cuadro control de incidencias. Alguien había fabricado un liquido inflamable para quemar intencionadamente el edificio. En el control estaba registrado.

—El voltímetro anuncia claramente el aumento de la presión. El detector controla la mezcla de una materia extraña.

El jefe de seguridad creyó estar soñando.

—Pero ¿quién habrá sido capaz de una cosa así? Esto es un sabotaje contra la propia seguridad. Ordenaré una investigación inmediata.

No era difícil, en un habitáculo donde todo estaba perfectamente controlado, saber cuántas personas habían entrado y salido del edificio, la dirección que habían tomado al salir, las vías por las que habían discurrido, y el vehículo utilizado.

Rápidamente, los controles callejeros fueron debidamente verificados.

En cada esquina existían varios de esos controles, que servían para algo más que como simple estadística.

Se podía saber si quien paseaba era varón, hembra, adulto, joven o adolescente.

Por aquella zona era lógico que, en días lectivos, los controles detectaran el continuo paso de estudiantes. Sin embargo…

No había registro del paso de persona alguna en las últimas horas.

—No coincide —dijo uno de los encargados de la verificación—. Desde antes de producirse el incendio hasta el momento actual, sólo

detecta nuestra presencia.

El comprobador de la otra esquina sólo pudo detectar el paso de un vehiculo que, en ningún momento, se detuvo ante el edificio.

— El vehículo era una turbina terrestre, ocupada por una pareja. Pasó a gran velocidad.

—¡No puede ser! El líquido corrosivo ha sido colocado dentro del edificio. Es imposible que pudiera ser arrojado desde fuera —exclamó el jefe.

—Entonces, el causante o causantes de lo ocurrido quizá sigan dentro —manifestó uno de los investigadores.

Se lanzaron todos hacia el interior. Dos docenas de agentes, más nuevos refuerzos pedidos por el jefe, comenzaron la intensa búsqueda en el interior del edificio.

Una de las alas había quedado completamente destruida, todo el material, gracias a la aleación química, hizo arder rápidamente los enseres. Allí no quedaba nada, sólo impresionante boquetes.

—Pudo haber escapado por aquí —exclamó el jefe—. Comprueben los detectores de las otras esquinas.

Entretanto, el personal seguía buscando por la parte del edificio que seguía en pie.

Se abrieron puertas, los hombres entraban y salían de las distintas dependencias, sin encontrar indicios ni huellas.

—¡Los sótanos! —exclamó el jefe—. Sólo nos quedan los sótanos.

Fuera, en el exterior, el entorno del edificio había sido convenientemente acordonado por refuerzos armados.

En una ciudad como aquella, en que todo estaba previsto, resultaba insólito que el caso todavía no se hubiese resuelto.

—¿De qué servían los detectores?

—¿De qué, la técnica?

—¿Qué era lo que fallaba?

Dyna, la hija de Stroud, estaba leyendo unos apuntes, especie de

memorias que Lory solía escribir. Ella los guardaba en su poder. En esos momentos, pensaba en el hombre que había renunciado a su cargo, desapareciendo de la Gran Ciudad con rumbo desconocido.

«¿Por qué se habrá ido? —pensaba.

Le echaba de menos. Era como el remedio a su tedio, y la esperanza en un futuro feliz porque ella —Dyna—, por extraño que pareciera en aquella sociedad del Ocio, creía en la felicidad, quizá influida por las teorías de Lory.

Y ahora, por eso, las estaba leyendo en aquel libro. Centró su atención en una frase escrita por él:

> *Nos creemos indestructibles, pero estamos equivocados. Lo están quienes piensan que la fuerza basta para seguir en el poder. Existen otros medios, otras armas. No. No somos indestructibles, y algún día pagaremos nuestra soberbia…*

No hablaba de qué medios: sólo aseguraba que existían… Entretanto, los agentes seguían buscando inútilmente al incendiario.

CAPÍTULO III

Del fracaso de la búsqueda del incendiario no se dio ninguna versión oficial. Era la norma de la sociedad. Se temía al ridículo o acaso que la gente pudiera empezar a sospechar que no era cierta aquella seguridad absoluta que pregonaban los dirigentes.

Stroud estaba reunido con los miembros del Gobierno.

— La cosa parece clara. Alguien enemigo está infiltrado en nuestra sociedad.

Randell no podía admitir aquella idea.

—¡Imposible! Cualquier extranjero sería detectado inmediatamente.

Le descubriríamos.

—Entonces, habrá que admitir que fue uno de nuestros ciudadanos —murmuró Stroud.

Nadie se atrevió a replicar. Era absurdo pensar que alguien se rebelara contra la perfección.

—Podría tratarse de un accidente casual… Algún líquido de los laboratorios experimentales… —murmuró el responsable de la educación—. El descuido de algún alumno… Algo que escape a nuestras previsiones. También hay que contar con la casualidad.

—Esta palabra quedó desterrada hace años de nuestro sistema —se apresuró a recordar el jefe superior del profesorado científico—. No existe nada imprevisible.

—Entonces… debemos admitir el sabotaje —murmuró Stroud.

—No nos precipitemos —habló nuevamente Randell—. Estudiemos primero los posibles fallos. Los ciudadanos no tienen por qué saber nada. Tampoco harán preguntas. Dejemos las discusiones en suspenso hasta que dispongamos de una base sólida para reanudar el debate.

Nadie volvió a hablar del asunto. Las investigaciones tampoco llevaron a nada práctico. El incendio continuó siendo un misterio y el paso del tiempo casi había hecho olvidar el asunto.

Hasta que…

—¡La Universidad número tres está ardiendo! —comunicó un informador, a través de los medios visuales.

Las cámaras reflejaron el voraz incendio y los trabajos de extinción de los técnicos.

Dyna observaba el espectáculo sobrecogida. Junto a ella, su padre miraba también la pantalla.

—Otra vez, padre… ¿Por qué ocurren estas cosas? —inquirió la muchacha.

—Esto es lo que quisiera saber yo. Voy inmediatamente al gabinete.

Pero antes de abandonar la estancia, se volvió hacia su hija y preguntó:

—Dime… ¿Has vuelto a saber de Lory?

—No, padre. Y de ello quería hablarte. Es extraño… ¿Dónde está? ¿Lo sabes tú?

—No. Y me gustaría saberlo.

Stroud se dirigió rápidamente al gabinete oficial. El Gobierno había vuelto a reunirse, cuando llegaban los primeros informes.

—Esta vez el fuego ha destruido por completo el edificio.

La Universidad número tres ha quedado totalmente arrasada.

—¿De qué naturaleza era el fuego? —inquirió Randell. Todos podían oír la voz del informante:

—Liquido corrosivo. Idéntico al empleado la otra vez… Menos mal que hoy era día festivo y no había nadie dentro. Hubiera sido una auténtica catástrofe. La mayor parte de las puertas se han atascado. Da escalofríos pensar la cantidad de alumnos que hubiesen muerto.

Todos se miraron entre si. Fue Stroud quien rompió, el silencio, cuando éste empezaba a hacerse molesto:

—Provocado, como la otra vez… E igual que entonces, el culpable no aparece.

—Ordenaré una batida. Habrá registros masivos, e interrogatorios.

—No servirá de nada, Randell. Temo que nos hallamos ante alguien más inteligente que nosotros —adujo Stroud, con cierto pesimismo.

Todos se negaban a admitir la posibilidad de esa inteligencia privilegiada, que pudiera burlar los controles de aquella sociedad que se creía perfecta.

Stroud se retiró.

—Estamos pagando el mal que hicimos —murmuró luego, a solas con su hija.

Estaba cansado, se sentía viejo y, en el fondo, nunca habla aprobado muchas de las normas que fueron implantadas.

—Creo que Lory pensaba lo mismo. Mira lo que dice aquí.

—Y la muchacha leyó del libro de apuntes:

> *El mal siempre se paga. No existe la total inmunidad. La venganza puede llegar por los caminos más inesperados…*

—La venganza —repitió Stroud, pensativo.

—¿Quién puede vengarse, padre? Aniquilamos a todos nuestros enemigos, ¿verdad?

—La venganza… —replicó Stroud.

—¿En qué estás pensando?

—En Lory… Nuestros enemigos han sido vencidos, pero… ¿Dónde está Lory?

—¿No estarás pensando en que él…?

—Sólo una persona que conozca nuestros sistema, puede ser el causante de estos incendios…

—¡Padre! Lory no era partidario de la violencia.

—Lo sé, lo sé… Pediré un informe.

Stroud no quiso revelar a nadie sus pensamientos y por ello pidió comunicación directa con la Estación Observadora, constituida ahora exclusivamente por miembros del único planeta con vida de la galaxia.

—¿Qué fue de Maknell? —preguntó al encargado general de la Estación.

—Después de la derrota prefirió buscarse otra galaxia. Deben tener ustedes un informe completo.

—Sí, sí, por supuesto, pero lo que deseo saber es si le acompañó alguien más.

—Los miembros neutrales, por supuesto.

—¿Se sabe si alguien de nuestro planeta iba con ellos?

—¡Oh, no!

—¿Lo hubieran sabido ustedes?

— Por descontado, señor.

— Bien… Supongamos que Maknell y los demás extranjeros hubiesen decidido regresar…

—También lo sabríamos, señor.

—¿Seguro?

—Señor, usted sabe perfectamente que cualquier viviente que no pertenezca a nuestra raza es detectado de inmediato.

Tras un silencio, durante el que Stroud quedó pensativo, la voz de su informante interrumpió para preguntar:

—¿Algo más, señor?

Stroud preguntó de pronto:

—Déme una lista exacta de las personas que habitan en nuestro planeta.

Casi al instante la voz contestó:

—Sólo en la Gran Ciudad existen 15.327.447 habitantes: luego, en las zonas satélites…

—Es suficiente —cortó Stroud que acababa de hacer personalmente la comprobación en la pantalla demográfica que tenía ante sí, en la gran mesa electrónica.

—Quiero un hombre. Localícemelo. Es personal. Se llama Lory. Número 15.100.101.

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

—Está en el habitáculo, señor.

—¿Dónde, exactamente?

—En la Gran Ciudad.

—No está en su domicilio habitual —explicó Stroud.

—No. Lo estoy comprobando. No está. Debe tratarse de un cambio no señalado.

— Sí, desde luego.

—¿Tiene problemas, señor?

—No. Era una simple comprobación. Nuestros datos marchan de común acuerdo. Gracias. ¡Ah! Otra cosa... Detecten todas las Universidades.

—¿Es por lo de los incendios, señor?

—Si.

—¿No han podido detectar las causas, por los métodos ordinarios?

—Se están haciendo comprobaciones. Eso es todo. ¡Ah! Y no haga comentarios sobre el particular. Le volveré a llamar yo mismo. ¿Entendido?

—A sus órdenes, señor. Stroud cortó la comunicación.

Se sentó, pensativo. De algún lugar sacó la placa de identificación del ex policía Lory. Pensaba en él. ¿Dónde se habría metido?

En su despacho, y ante el cuadro de mandos, pulsó el antiguo número de Lory. Era un método para ponerse en contacto personal con los agentes distinguidos.

No hubo respuesta. El zumbido no obtuvo contestación. Sin embargo. Lory estaba en la ciudad. ¿Dónde? ¿Qué estaba haciendo? ¿Quién provocaba aquellos incendios?

De nuevo las investigaciones resultaron baldías, pero en esta ocasión el tiempo no consiguió borrar el recuerdo de los dos incendios.

Y llegó el tercero:

—¡La Universidad siete, en llamas!

Stroud se dirigió directamente a la gran mesa control para llamar a solas a la Estación Observadora.

—Soy Stroud. ¿Han registrado el siniestro?

—Si señor. Un individuo salió de la puerta principal — respondió el

informador.

—¿Han logrado identificarle?

—Todavía no, señor.

—Quiero una fotografía del incendiario. Tiene que ser esa persona que han detectado.

—Un momento, señor...

La respuesta tardó algo más en llegar, pero al fin llegó:

—Imposible, señor. Hemos perdido al individuo.

—¿Cómo?

—Es extraño, pero así es, señor...

—Eso no puede ser... — protestó Stroud.

—Lo sé, señor: es muy extraño, insisto, pero... ¡Aguarde!

—¡Vamos, vamos! Dense prisa...

—¡Señor! Confirmado. No es posible la foto, pero tenemos su identificación. Espere. Se trata del número 14.222.333.

—Repita.

El informador repitió el número que identificaba al ciudadano que los detectores de la Estación Observadora habían anotado.

Stroud pasó el número al control general de la gran mesa.

Y murmuró:

—Entonces, se trata de uno de nuestros ciudadanos.

—Así es, señor.

— Bien, nada más, por el momento.

Stroud se dirigió directamente al gabinete, donde las noticias de los reunidos eran idénticas a las de las ocasiones interiores.

—Esto empieza a ser alarmante —decía uno de los ministros.

—¡Hay que tomar medidas, sea como sea!

La llegada de Stroud impuso silencio. El jefe tomó la palabra. Marcó el número, y éste pasó a las pantallas que cada miembro del Consejo tenía ante si en la mesa alargada.

—Ahí lo tienen. Búsquenlo. Es nuestro hombre.

—¿Cómo lo ha conseguido? —inquirió Randell.

—¿Cómo lo hubiera hecho usted?

—Los detectores...

—Esos detectores no sirven. Ya lo hemos visto. Los datos me los han facilitado en la Estación Observadora. .

—¡Imposible! Ellos se nutren de los datos de nuestros controles. Si nuestros controles no les transmiten los informes ellos no pueden...

—Han podido, Randell. Empiece a moverse. Sospecho que cuando detengamos al número 14.222.333 sabremos la verdad.

Ya no había nada más que decir. Randell cursó las órdenes inmediatamente. Por fin, el incendiario iba a ser detenido.

CAPÍTULO IV

La costumbre de llorar se había perdido casi por completo en aquella Sociedad del Ocio.

Se ha dicho que la gente, más que vivir, vegetaba. Sí, quizás su existencia hubiese podido compararse con la de un animal doméstico del siglo XX de la Era Cristiana.

Por eso cuando alguien se moría, las cosas se aceptaban con un encogimiento de hombros. Quizá los más viejos, los menos aclimatados a las tendencias, recordaban leyendas antiguas y se emocionaban, pero eran los menos.

Cuando los cuatro agentes del Orden fueron a detener al 14.222.333

se encontraron delante de una mujer entrada en años que les invitó fríamente.

—Vengan, por favor.

Dos agentes quedaron vigilando la entrada, mientras otros dos seguían a la mujer, que se dirigía a la parte trasera de la funcional vivienda.

Con un ademán les indicó una especie de armario empotrado en la pared, lleno de pequeñas puertas. Abrió una de ellas, y extrajo una caja de pequeñas dimensiones. Una especie de urna brillante.

—¿Qué es esto? —preguntó uno de los guardianes.

La mujer les indicó el número que llevaba inscrito la caja.

Y los agentes pudieron leer: 14.222.333.

—¿Qué significa? —inquirió uno de ellos, lleno de asombro. La pregunta era obvia porque todo el mundo sabía lo que contenían aquellas cajas, fabricadas en serie y con modelo único.

Se adquirían únicamente para depositar las cenizas de los difuntos. La cosa no podía estar más clara. Aquel ciudadano estaba muerto. Habían ido a detener a... unas cenizas.

—¡Imposible! —rugió Randell en persona—. Se han burlado de ustedes.

Randell no solía hacer personalmente las gestiones que lógicamente estaban destinadas a los jefes, pero en aquella ocasión lo ocurrido era demasiado importante, y fue él quien volvió a la casa, con su escolta habitual.

—No puede llevarse esas cenizas. Es mi hijo, señor...

—El Estado, para su seguridad, tiene poderes para todo. Le serán devueltas.

La mujer entregó la urna, sin añadir palabra. Más tarde, el contenido era examinado en el laboratorio. El informe llegó al poco rato:

—Cenizas humanas, en efecto, y la caja contenía el precinto de origen. No hay duda de que las cenizas corresponden al ciudadano 14.222.333.

Así lo comunicó posteriormente Randell a Stroud, pero fuera del

Consejo.

—Como comprenderá, hay que admitir el error, por eso he querido hablar con usted personalmente. Esto se sale de la órbita de lo normal.

—Sí. Randell. Por primera vez, nos enfrentamos ante un problema sin solución.

—Si la hay. A partir de este momento, las Universidades quedarán estrechamente vigiladas, con medios humanos. Los días festivos precisamente, que parecen ser los preferidos por nuestro incendiario.

—¿Ha observado una cosa bastante curiosa, Randell?

—¿A qué se refiere?

—Siempre ocurre en festivos… Cuando las Universidades están vacías.

—Así el incendiario puede trabajar más a gusto —repuso Randell.

— Tal vez no sea sólo por eso… Tal vez no quiere causar victimas…

—¡Je! Parece que quiera defenderle… Es un criminal.

— Sólo dije lo que pensaba, Randell. Yo no defiendo a nadie.

Randell marchó, altivo y decidido. Era un militar, dispuesto a declarar la guerra contra quien fuera.

Si. Las Universidades quedaron estrechamente vigiladas. Pero unos días más tarde — también en festivo— ardió una de las fábricas de programadores.

Stroud se puso en contacto con la Estación Observadora.

Luego, regresó con un número.

13.000.115. Sin fotografía.

Tampoco los detectores callejeros habían señalado el paso de aquel ciudadano.

Cuando los agentes fueron en su busca, regresaron con… ¡una urna portacenizas!

—¡No! ¡No podemos ser atacados por los muertos! —rugió Randell.

Gritaba para desahogarse de su propia impotencia. De la impotencia de todos.

Stroud regresó a su morada, más envejecido aún... Allí le aguardaba una sorpresa.

—¡Papá! Mira quién está aquí. La muchacha estaba con Lory.

—Hola, Stroud... Deseaba ver a su hija, y hablar con usted —dijo el joven ex policía.

—Pues es casualidad, porque yo también hice gestiones para encontrarte. Lo siento, Dyna. Lory y yo tenemos que hablar.

Y Stroud le indicó, con un ademán, que pasara al gabinete privado.

Como Jefe Supremo, tena una completa mesa de mandos para obtener, en cualquier momento, todos los informes que precisara. Aquella vez, sin embargo, lo que necesitaba sólo podía facilitárselo Lory. Al menos, ése era su presentimiento.

—Estás enterado de todo, ¿verdad?

—Sí, Stroud.

—Y querías hablarme de ello, ¿eh?

— En parte.

—¿Qué es lo que sabes?

— En concreto, nada...

—¿Dónde estuviste durante este tiempo? ¿Qué hiciste?

—Vagar por ahí, pensar...

—¡Pensar!

—Para usted, puede ser una cosa rara, pero pronto dejará de serlo en nuestro habitáculo. La gente empezará a preguntarse a qué son debidos esos siniestros y por qué no se les informa de lo ocurrido.

—Si. Es probable —admitió Stroud.

—Tenía que suceder algún día...

—Tú siempre has tenido tus propias ideas. Dime: ¿crees que se trata de una venganza?

—¿Perpetrada por muertos?

—¿Cómo?

Stroud explicó las detecciones desde la Estación Observadora, y los resultados de las gestiones realizadas.

—En los dos últimos casos, no ha sido posible fotografiar al causante, pero se ha detectado su presencia, y se ha conseguido conocer el número... — terminó.

—Todo eso debe tener una explicación... Pero será difícil hallarla, Stroud. Porque, en fin, nos enfrentamos con esa inteligencia superior a la nuestra. Algo que tenía que suceder.

—Pero, ¿qué pretenden? No causan victimas. Sólo destruyen.

—Es un medio para demostramos que pueden hacer cualquier cosa que se les antoje. Un aviso.

—Por qué no hablan abiertamente?

—¿Desde cuándo se ha escuchado a nadie en nuestro planeta?

—No es posible luchar de esta forma. ¡No dan la cara!

—Si la dan... Esos números no han sido detectados al azar, Stroud.

—Pertenecen a personas que han muerto...

—Los números, Stroud, pero las personas, no... Han sido detectadas y existen.

—Pero...

—Si. Ya sé que es difícil de comprender. Yo, al menos, no entiendo su sistema, pero lo cierto es que “ellos” están aquí.

—¿”Ellos”? ¿A quiénes te refieres?

—No lo sé, Stroud. Ni sé dónde están ni dónde viven, pero les tenemos entre nosotros. Son “ellos”. Los futuros dueños de nuestro habitáculo... Los invasores.

CAPÍTULO V

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Dyna, interrumpiendo el complicado trabajo que Lory estaba efectuando, en el estudio de su hábitat particular.

—¡Oh, Dyna! Quería haberte llamado, pero ya ves... Tengo un montón de trabajo.

—Ya veo... Hace una eternidad que no te veo. ¿Que estás haciendo?

—Ayudo a tu padre. Me lo pidió.

Ella observó las cartulinas, los números, los datos, la pantalla que transmitía complicadas respuestas, las fichas, y otra pantalla, con más datos y números.

—Papá está muy preocupado.

—Lo sé...

—La gente se inquieta. En la pantalla, un informador ha dicho que nos hemos dormido en los laureles... Y que algo está fallando, sin que nadie nos informe de ello.

—Sabía que esto tendría que suceder. Ahora empieza a despertar la conciencia de la gente —murmuró Lory.

—¿Qué es lo que sucede, en realidad?

—Están tratando de crear la confusión, Dyna, y si no conseguimos salirles al paso, conseguirán sus propósitos. Nos aniquilarán...

—No creí que fuese tan grave... Nuestro planeta es poderoso.

—En fuerza, querida Dyna. Sólo en fuerza, pero... —sacudió la cabeza, y sonrió con cierta amargura. La pantalla seguía transmitiendo números.

De pronto, pasó una cifra que Lory captó inmediatamente.

Dio marcha atrás, y apareció el número de nuevo. Lory lo fijó en la pantalla.

El número era el 14.222.333.

—¡Ya lo tengo! —exclamó. Ella no comprendía nada.

—Lo siento. Ahora tengo que irme. Dile a tu padre que espero poder darle noticias, dentro de poco. Ignoro si serán buenas o malas...

Momentos más tarde, y desde la rampa de su morada. Lory salió con su turbina[1], poniéndola rumbo a una fábrica de colorante sintético.

Cuando iba de camino, las sirenas de emergencia sonaron insistentemente. Puso el acelerador al máximo, con un presentimiento.

El vehículo autoconductor se detuvo para dejar paso a las turbinas de emergencia; luego, el propio vehículo recobró por si mismo la máxima velocidad, con la luz de prioridad encendida, que le daba autonomía y preferencia.

Cuando por fin llegó a la fábrica, comprobó que sus presentimientos se habían cumplido.

La fábrica estaba ardiendo...

* * *

Lory habló con el director, horas más tarde:

—Esto es confidencial, señor. Sólo deseo saber todos los datos de su empleado 14.222.333.

—Todo ha quedado destruido. Los ficheros electrónicos, el control. No le puedo informar. Lo lamento.

—Haga un esfuerzo por recordar — insistió Lory.

—¡Es imposible! Trabajaban más de seis mil personas en mi empresa. No puedo recordar el número de cada uno.

El director estaba aturdido por lo ocurrido, y hasta incluso pensaba en las consecuencias. ¡Pensaba!

Aunque todo estuviese resuelto por el "sistema", aquel incendio venía a sumarse a los otros, de los que la administración aún no habla informado. Era, pues, para ponerse a pensar.... a pensar que algo que escapaba a todo control. Había desbordado las previsiones del Gobierno.

Lory dejó al hombre y poco más tarde, se entrevistó en privado con Stroud.

—Utilizan los números correspondientes a los muertos —dijo sencillamente—. Lo he comprobado.

Stroud quedó pensativo.

—¿Quieres decir que...?

—Tengo una prueba. 14.222.333 es el número que en la Estación Observadora detectaron.

— Si, lo recuerdo —asintió Stroud.

—Pues bien. Ese número se ha comprobado que correspondía a una persona muerta. .

—Por supuesto.

—¡Pues existe!

—¡Imposible. Lory! Debe tratarse de una confusión.

—He estado mucho tiempo repasando, una a una las listas de empleados. Stroud... y el número 14.222.333 constaba en la plantilla de la fábrica incendiada.

—¡Esto no es posible, Lory! —exclamó Stroud, aunque no parecía demasiado convencido—. Todas las fichas son revisadas por un cerebro que no se puede equivocar. Los muertos son automáticamente dados de baja. El sistema es perfecto.

—Nos parece perfecto, señor. Sin embargo, "ellos" han conseguido burlarlo...

—¿Ellos? ¿Quién, Lory?

— Eso no lo sabemos ni usted ni yo, Stroud, pero "ellos" existen. ¿Comprende?

Y tras una pausa. Lory añadió:

—Adoptan el número de identificación de los muertos. Es lo único que nuestros detectores a distancia pueden comprobar. Estoy seguro que los anteriores culpables de los otros incendios forman parte de ese mismo clan, y utilizan también un número perteneciente a un muerto...

—¡De dónde vienen? ¿Quiénes son? —comentó, intranquilo, Stroud , con la mirada lejana, como presintiendo un peligro imposible de combatir.

Lory fue más conciso:

—Yo me preguntaría mejor: ¿cuántos son? Stroud lanzó un suspiro.

—¿Qué es esto, Lory? ¿Qué es esto...?

— Se lo dije, Stroud... Es el principio de la invasión...

El silencio fue largo, molesto, porque ninguno de los dos hombres hallaba la solución adecuada. Quizá ambos pensaban lo mismo...

—¿Un castigo...? —acabó por preguntar Stroud, aunque en realidad, más que una pregunta era una sospecha, o una convicción—. ¿De quién? —siguió, sin hallar respuesta.

—Stroud —dijo Lory, por fin—. Creo que será mejor que reúna al Gobierno y exponga la situación.

—No lo querrán aceptar. Dirán que soy viejo. Me obligarán a dimitir. Pasaré la prueba de regularidad de los cerebros —rió con cierta amargura—. Los cerebros pueden manejarse, son máquinas... Y son muchos los que aspiran a mi puesto. No me disgustaría abandonar, pero no sería justo. Me he dejado llevar por la corriente. Lo he aceptado todo. Ahora tengo que estar en mi sitio... Puedo hacer falta.

—Tiene que convocar esa reunión, Stroud. Yo tampoco he sido partidario del sistema, pero van a invadimos... Ya conocemos sus medios, y debemos atajarlos, como sea, pero utilizando el cerebro, como ellos. Olvidemos la fuerza, quizá parlamentando, no sé... Yo no soy político. Ustedes tienen que decidirlo, pero nada de fuerza... Ellos no la utilizan. No matan a nadie. Prenden fuego en los días festivos, no causan victimas, sólo pérdidas materiales que, en principio, pueden no afectarnos, pero, a la larga, acabarán creando problemas. Tratan de advertirnos de su poder...

—Si, Lory, sí... Te creo. Empiezo a convencerme a mi mismo, pero no sé... Los mandos están demasiado seguros de su fuerza... Intentaré convencerlos, pero necesitaría más pruebas.

—Que busquen los números muertos. Trabajan en alguna parte. Basta con repasar todas las listas de empleados. Fábricas, universidades, puestos de control, pueden estar infiltrados en todas partes.

—Cuídate tú de esto, Lory. Hazlo por mí.

—Yo ya estoy convencido, Stroud. Haré algo mejor... Iré a ver a Maknell.

—¿Te refieres al antiguo jefe de deliberaciones del Consejo del Cosmos?

—Si. Es un hombre inteligente. El puede ayudamos. Al menos, intentaré que lo mhaga.

—¿Dónde está?

— Se fue a otra galaxia. Tendré que buscarle.

—Ojalá tengas suerte. De momento, intentaré que las cosas se arreglen por nuestros medios. Dame todo el material que has estado investigando hasta este momento.

—Lo encontrará en mi estudio, Stroud.

—Adiós, Lory. Reuniré al Gobierno. Te lo aseguro.

Cuando Lory regresaba a su morada, escuchó nuevamente las sirenas de las turbinas de emergencia. Mucho antes de que los medios audiovisuales dieran la noticia, él ya sabia que otro edificio estaba ardiendo.

Era una fábrica de productos farmacológicos.

Los desconocidos seguían mostrando su poder.

CAPÍTULO VI

—Llévame contigo, Lory —pidió Dyna.

Lory no se mostró sorprendido al ver a la muchacha. Ella había acudido a la morada del joven, de improviso, y él se limitó a preguntar:

—¿Te lo ha dicho tu padre?

—No. He hecho algo que no debía, pero sé que ocurren cosas que os preocupan a todos, y he “escuchado”.

Escuchar equivalía a decir que Dyna había usado de los receptores para oír a distancia la conversación que Lory y Stroud habían sostenido.

Asintió, confesando su curiosidad:

—Sé que no debo hacerlo, pero a mí nadie me dice nada. Mi padre es el jefe del Gobierno, pero jamás me habla de sus problemas… Yo quisiera ayudar, ser útil.

—No puedes hacer nada, Dyna. Es un asunto difícil.

—Déjame ir contigo.

—Será un largo viaje.

—Maknell no te ayudará — repuso ella.

—¿Por qué?

— Lo sé. Recuerda que le conocí antes que tú, cuando estaba de embajador en nuestro habitáculo.

— Sí, me acuerdo.

—Él nunca aprobó nuestros sistemas.

—También lo sé.

—Bueno, quiero decir que si tú no lograses convencerle para que nos ayudara, yo tal vez podría…

—No. Dyna, olvídate de esto —repuso Lory, resuelto, mientras terminaba de preparar su breve equipaje, consistente en indumentaria extraplanetaria, oxígeno comprimido, alimentos sintéticos y algunas herramientas útiles.

Ella se mostraba contrariada, quizá porque, hasta aquel momento, había sido una de tantas hembras que jamás se había preocupado por nada, pero que, de repente, medio influida por la forma de ser de Lory, y también por los últimos acontecimientos, no quería ser un parásito simplemente, sino que deseaba ser útil, hacer algo, realizarse.

Tuvo que aceptar la negativa de Lory, que la besó para despedirse.

Como siempre, la caricia del joven la estremeció.

—¿Cuándo te irás?

—Al amanecer. Tengo que arreglar unas cosas, y dejarlas listas para tu padre.

—Vuelve pronto —susurró ella.

Dyna salió de la morada de Lory, y tomó su turbina para regresar a su hogar.

Había oscurecido por completo, y las calles estaban desiertas. La luz de las cúpulas de los edificios iluminaba indirectamente todas las vías de comunicación, extremadamente limpias, de la Gran Ciudad.

Dyna había dispuesto la velocidad de la turbina a un solo punto, por lo que demostraba no tener prisa, ni siquiera ganas de llegar a su casa.

El vehículo se deslizaba lentamente, y se detenía en cada esquina para ceder el paso a otro bólido con más prisa, si lo había. Con el punto número uno, se renunciaba a toda velocidad.

Así, mientras la muchacha podía contemplar la frialdad de los edificios sin aberturas y escuchar el silencio, tuvo ocasión de ser testigo de algo que no acertó a comprender.

Fue cuando su turbina se detuvo en una esquina. Creyó escuchar un murmullo, que fue tomando cuerpo hasta convertirse en terribles chillidos.

Dos muchachas salieron de un edificio. Dyna sabia que se trataba de un local destinado a Centro Médico de urgencia.

Las dos chicas, jóvenes, gritaban enloquecidas, y corrían como si alguien las persiguiese.

El bólido de Dyna se puso en marcha automáticamente, pero ella lo detuvo para rectificar el rumbo y seguir a las jóvenes. Apretó el botón

de marcha convencional regulable. Podía variar la velocidad a voluntad.

Las dos chicas se perdieron en la siguiente esquina, pero sus gritos continuaban oyéndose.

Dyna se preguntaba qué les había podido ocurrir.

Les dio alcance un poco más lejos, y saltó de la turbina para salirles al encuentro.

Se habían detenido, y se revolcaban por el suelo, como si un terrible mal les impidiera mantenerse en pie, siquiera dominarse.

—¿Qué os ocurre?

La pregunta de Dyna sirvió para acrecentar todavía más los gritos de las dos muchachas, una de las cuales rodaba sobre si misma por la calzada.

—¿Qué es lo que os pasa? Quiero ayudaros... ¿Qué tenéis? —insistió Dyna, perpleja.

Sin dejar de gritar, la otra muchacha se había sentado en el suelo y, entre movimientos convulsos y espasmódicos, se estaba despojando de sus ropas.

La otra, algo más apartada, se levantó, de pronto, y echó a correr para lanzarse contra Dyna, que se vio violentamente empujada contra el suelo.

—¡Suelta! ¡Has perdido la razón! Déjame... Sólo quiero ayudarte.

La del suelo cambió sus gritos por sonoras e histéricas carcajadas mientras, sin dejar de desnudarse, contemplaba la pelea que Dyna sostenía con su compañera.

Aun a pesar suyo, Dyna tuvo que luchar para evitar los arañazos y mordiscos que su enloquecida oponente trataba de propinarle. .

La lucha no duró demasiado porque Dyna consiguió enderezarse y optó por huir.

La turbina puso distancia entre ella y las dos posesas. Mientras se alejaba, trató de recuperar el aliento, a la vez que se ponía en contacto con las patrullas de vigilancia, dando las señas de las dos hembras y el lugar donde las había dejado.

* * *

Dyna declaró, más tarde, ante los encargados de la vigilancia. Su padre permanecía a su lado. Ella relató lo ocurrido.

—¿Estás bien? —había preguntado Stroud.

—Sí, padre... Ya te he dicho que si. Todo ha pasado... lo que me preocupa son ellas... ¿Qué les ocurría?

El oficial informó:

—Han sido internadas en el Centro General de Información. El diagnóstico no deja lugar a dudas. Han perdido la razón...

—¡Pobres muchachas! Eran muy jóvenes —murmuró Dyna. El oficial pidió permiso para hacer alguna pregunta y, tras obtenerlo, quiso saber:

—¿Las encontró en ese mismo lugar donde fue agredida? Dyna contó que las había seguido cuando las vio salir del Centro Médico de Emergencia.

—La culpa fue quizá mia, pero las oí gritar...

—¿Un Centro Médico de Emergencia? — inquirió el oficial.

—Si. El número cuatro, exactamente —corroboró Dyna.

—Este centro no estaba de guardia —comentó el oficial, pensativo.

—Bien. Averigüen quiénes son esas chicas —intervino el Jefe Stroud —, y procedan a reconocer ese centro.

—Si, señor, y lamento lo de su hija, señor —murmuró el oficial, antes de salir para ordenar las investigaciones.

En principio todo parecía un caso fortuito, pero las rápidas pesquisas pusieron un velo de misterio en el asunto.

Aquella misma noche, el mismo oficial informaba personalmente a Stroud:

—Es extraño... Tal como le dije, el Centro Asistencial de Emergencia número cuatro no está de servicio. No había absolutamente nadie, sólo los cerebros electrónicos para detectar las visitas.

—Esas chicas debieron quedar registradas —murmuró.

—Traigo una copia de lo que quedó grabado, señor. La otra la tiene mi jefe. La está estudiando.

—Déjemela oír.

El oficial le entregó un cartucho metálico de reducido tamaño. Stroud pasó a su despacho privado y la colocó en el lugar adecuado, en el pupitre para reproducir lo detectado por los cerebros del centro.

Las voces de dos muchachas se oyeron a través del reproductor:

— Debes haberte confundido, Shina. Aquí no hay nadie.

—Pues el doctor Bernius me dijo que era aquí, el número cuatro, estoy segura.

—Pues tú misma puedes darte cuenta. Esto no está en servicio, esta noche.

—Bueno... Pues regresaremos.

—Si te encuentras mal podemos ir a otro centro.

—Creo que se me va pasando.

—¿Ya no te duele la cabeza...?

—Un poco, pero creo que no es nada importante, aunque el doctor Bernius insistió mucho en que me hiciera el reconocimiento.

—¿Y dónde conociste a ese doctor?

—En el jardín, cerca de donde tuvo lugar el último incendio. Es un hombre muy agradable.

—Bueno, el caso es que a mi también me duele un poco la cabeza. Si le hubiésemos encontrado, le habría pedido que me reconociera también a mi.

El aparato reprodujo entonces las risitas de las chicas. Una de ellas comentó,

—Es muy atractivo.

—A ti no te duele nada. Lo que querías era verle otra vez.

—En cambio, a mi si me duele...

Un silencio. Luego la misma voz, con cierta cautela, dijo:

—¡Eh, mira eso!

—¡Oh!

Silencio de nuevo.

—¡No!... ¡No puede ser! —gritó una voz aterrada.

La otra chica gritó, luego todo se convirtió en una confusión.

Era la prueba evidente de que en la antesala de aquel centro había ocurrido algo.

CAPÍTULO VII

—¿Crees que esto puede estar relacionado con lo que sospechas, Lory? —preguntó Stroud.

Lory estaba ultimando los informes que pensaba dejar antes de marcharse.

Escuchó el relato de Stroud, relativo a lo ocurrido a las dos chicas, y al fin murmuro:

—¿Qué saben de ese Bernius?

—Están intentando localizarle. En cuanto lo consigan, me llamarán aquí.

—¿Están intentando...? ¿Es que no está registrado?

—Si, Lory, no te precipites. Existe un doctor Bernius, adscrito a nuestros centros, pero se halla ausente. Asuntos particulares. No tardarán en traerlo aquí, pero primero he querido hablar contigo.

—Ya...

—Aún no he convocado la reunión... Quizá esto sea una prueba más, pero no sé hasta qué punto eso puede ser creíble.

—Sería terrible, Stroud, porque si la locura de esas chicas ha sido provocada deliberadamente, significaría que los invasores ya no se contentan con los incendios: han ampliado su red de ataque.

—Asusta pensar que puedan tener el poder de enloquecer a las personas... Pero no nos precipitemos; esas chicas tuvieron que ver alguna cosa...

—Una cosa que no ha quedado registrada, Stroud. No lo olvide.

—Entonces ¡es cierto! —Stroud quiso tranquilizarse y añadió—: No, no Tiene que existir una explicación.

—Vamos a hacer una prueba, Stroud.

Lory conectó unos mandos, y pidió contacto con la Estación Observadora.

—Pido información sobre el control de detección del Centro de Emergencia número cuatro. Centro médico. Ha ocurrido un incidente.

—Centro médico —repuso la voz del informador—. De acuerdo, Lory. Aguarda un instante.

Stroud esperó, con más impaciencia que Lory, la respuesta, que no se hizo esperar:

—En efecto, tenemos registrada una conversación... Es muy extraño... Un momento... ¿Quieres oír la conversación, Lory?

—No. La conozco. Lo que deseo saber es lo que detectó vuestro control.

—Es la conversación de dos chicas, números 16.33...

—Sí, si. No son los números de identificación los que me interesan —cortó Lory—, sino lo que vieron. Había algo más en la antesala.

—Lo siento, no ha quedado detectado.

—Escucha. Observa si había alguien más... Un número tal vez.

—Sí. Lory. Es cierto, había un número. Eran tres personas... Lory cambió una mirada con Stroud, y esperó a que le fuera comunicado el número.

—Anota. Es el 7.879.998.

Stroud no pudo contenerse, y tomó el micro para preguntar:

—Soy Stroud. Dígame a quién pertenece ese tercer número.

—A sus órdenes, señor —respondió la voz—. Voy a comprobarlo.

Una brevísima espera bastó para confirmar lo que tanto el propio Stroud como Lory se estaban temiendo.

—Doctor Bernius.

—Gracias, es todo lo que queríamos saber —repuso Lory, cortando la comunicación.

Las palabras sobraban: aun así, Stroud murmuró:

—Bernius estaba allí, y sin embargo, su número no quedó registrado... Eso sólo puede significar que es uno de ellos.

—Es lo que me temo, Stroud.

—Al menos, sabemos algo más que en los anteriores casos...

—¿El qué?

—Que Bernius no existe: utiliza la identificación de un muerto. Esta vez les hemos tomado la delantera.

—Yo no cantaría victoria, Stroud.

Hubo un silencio, que cortó el zumbido en la mesa-pupitre de Lory.

Era un mensaje para Stroud.

—Identificado y localizado el doctor Bernius. Está en su gabinete, señor.

—Gracias. Voy para allá.

Stroud estaba deseoso de salir de dudas.

—Vamos, Lory. Me gustarla que estuvieras presente —añadió.

—Es necesario andar con mucho tiento, Stroud. Si Bernius es un impostor, debemos tener muy presente que se trata de un ser de inteligencia muy superior a la nuestra.

—Si es un extranjero, lo sabremos, Lory. En eso no podrá engañamos.

* * *

Bernius resultó ser una persona corriente, de edad madura y aspecto muy propio de los que desempeñaban su profesión, rápido de reflejos, despierto y, en aquellos momentos, ligeramente confuso por las preguntas que le estaban haciendo.

La llegada de Stroud interrumpió el interrogatorio, y fue el propio Jefe quien tomó la palabra:

—Bien, doctor. El asunto es grave, y queremos respuestas concretas —empezó.

Bernius asintió:

—La verdad es que acaban de contarme lo ocurrido a esas muchachas, y aún no puedo creerlo. Yo no las conozco en absoluto... Quiero decir que no cité a nadie, esa noche. Tengo libre el festivo, y además, el Centro número 4 no estaba en servicio esa noche.

—Eso ya lo sabemos, doctor —cortó Stroud, estudiando a su interlocutor.

—Bien, entonces yo no puedo aclararles lo ocurrido. No comprendo lo que desean de mí.

—Quiero que vea a esas chicas.

—Con mucho gusto, pero creo que no podré hacer mucho por ellas, si mis colegas ya han diagnosticado... Las enfermedades mentales no son mi especialidad.

De todos modos, prepárese para salir ahora mismo.

—Estoy a sus órdenes.

Stroud hizo una seña a Lory, y ambos pasaron al gabinete de

comunicaciones e informes.

Tras las correspondientes manipulaciones, la pantalla reflejó un informe completo y detallado del doctor Bernius.

Edad, estudios, graduación, tiempo en cada uno de los cargos, y cuantos datos estadísticos de su persona, incluido su número de identificación, que coincidía plenamente con el dado en la Estación de Observación.

Todo, pues, parecía estar en regla, y Stroud miró con aire impotente a Lory.

—¿Dónde está el error? —inquirió— . Todo es auténtico.

—Veamos. El niega conocer a esas muchachas, y no estaba en el Centro número cuatro. ¿No es eso?

—SI, desde luego. En ese caso, tendríamos que admitir que otra persona se hiciera pasar por el doctor Bernius.

Lory meditó.

— Eso no es posible —insistió Stroud— EI número de identidad concuerda con el que nos facilitó la Estación Observadora. No puede existir duplicidad de números.

—Tal vez si… Tratándose de seres inteligentes, mucho más inteligentes como nosotros, todo es posible, Stroud: pero será mejor que, por si acaso, sometáis a vigilancia especial a Bernius.

—Desde luego, y, de momento, le llevaré ante las muchachas.

—Bien, Stroud, yo voy a seguir mi plan. Saldré al amanecer —repuso Lory.

* * *

Para los oficiales de la guardia y para el propio Stroud, aquel fin de jornada fue más agitado que de costumbre, pero en realidad nada se avanzó en la investigación.

Las dos muchachas internadas continuaban con ataques periódicos, y

resultó totalmente imposible hacerlas hablar.

En presencia de Bernius no reaccionaron en absoluto, y el médico se reafirmó en su declaración primera de que no conocía a aquel par de chicas que habían perdido la razón de forma tan extraña.

Stroud quiso agotar las posibilidades, y pasó a! médico la grabación obtenida.

Bernius escuchó atentamente el diálogo sostenido por las dos chicas, que quedó cortado con los gritos de las mismas, ante la presencia de algo extraño.

—No puedo comprenderlo. Todo parece indicar que ellas vieron algo…

—Así es, doctor —murmuró Stroud—. Algo terrible.

—Capaz de enloquecerlas —musitó Bernius.

—¿Qué pudo ser, doctor?

—No lo sé, de veras… Pero supongo que, al examinarlas, las habrán colocado delante de un detector “S”.

El detector “S” era uno de los últimos adelantos, consistente en desnudar por completo el subconsciente, arrancarle los más íntimos secretos, y hacer recordar al individuo sometido a la prueba, incluso las cosas más triviales, más recónditas, aunque las tuviera completamente olvidadas. .

El detector “S” era un ladrón de la intimidad privada. Stroud asintió.

—Así es, doctor. Han sido sometidas, pero no ha dado el menor resultado.

—Entonces, su situación debe ser muy grave.

—Lo es.

—Lo siento, señor. Yo bien quisiera ayudarles, pero… si los métodos naturales han fallado, ¿qué puedo hacer?

— Nada, doctor. Puede regresar a su casa. Permaneceremos en contacto con usted, por si le necesitáramos.

—Estaré a sus órdenes.

Cuando Bernius salió del Centro Hospitalario, Stroud habló con el Jefe Superior de la Seguridad Nacional.

—Ese hombre debe estar vigilado en todo momento.

—Utilizaremos todos los detectores.

—No me ha entendido. Quiero que se le vigile personalmente—.

—¿Personalmente?

—Exacto. Se trata de un caso especial. No quiero comentarios. Usted será el responsable directo, si perdemos a Bernius de control.

El jefe asintió, y salió para cumplir la orden.

Bernius tomó su turbina para ponerla en marcha rápidamente, pero lo que más sorprendió a los encargados de seguirle fue el rumbo elegido por el doctor.

No se dirigió a su casa, sino que, con marcha moderada, avanzó por diversas vías hasta llegar delante del edificio donde moraba Lory.

Y Bernius condujo su vehículo a través de la rampa que conducía al piso del joven.

En una de las turbinas de los agentes que le seguían el oficial se puso en contacto directo con Stroud.

—¿Ha dicho usted a casa de Lory? — preguntó el Jefe Supremo, tras conocer la noticia.

—Sí, señor. Pido instrucciones. ¿Debemos seguirle?

—No… Eso. no —Stroud dudó unos instantes.

¿Por qué el doctor habla ido a visitar a Lory? Y no supo encontrar respuesta.

CAPÍTULO VIII

Lory también mostró su sorpresa al ver aparecer a Bernius.

—¿Le ha encargado alguien que viniera, doctor?

—No, Lory, pero usted es una persona muy inteligente. Mucho más que esos gobernantes estirados y presuntuosos, que se creen infalibles.

—Bien. ¿Ha venido a decirme esto? — inquirió Lory, escrutando a su visitante.

—He venido a traerle un mensaje.

—¿De quién?

—Mio.

—Está bien. ¿Para quién es el mensaje?

—Para Stroud.

—Estuvo hablando largo rato con él. ¿Por qué no se lo dio usted personalmente? Si tenía algo que decirle, ocasión no le ha faltado, doctor.

—Tengo que decírselo a usted. Ya le he indicado antes que es más inteligente. Usted utiliza su propio cerebro, piensa. Sabe razonar, sabe lo que es la lógica. Ellos, no. Han construido un mundo artificial, y lo pagarán muy caro.

—Doctor, esto me suena a amenaza. ¿Qué pretende? ¿Una conspiración?

—No. Simplemente, que advierta a Stroud de que destituya a todos los miembros del Gobierno.

—Usted ha perdido la razón, doctor —sonrió Lory, aunque

comprendía que Bernius hablaba muy en serio, y que si estaba allí en su casa y le decÍa todo aquello, a pesar del riesgo que corrÍa, era por algún motivo especial. Muy especial.

—El Gobierno de nuestro habitáculo necesita de hombres justos, que sepan razonar. Ahora sólo tenemos auténticos robots. Deben salir todos; las estructuras deben cambiar, y todo debe hacerse pacíficamente.

—Hable claro, Bernius. ¿Quién le envía?

—Nadie.

—Debí preguntarle: ¿quién es usted? ¿De dónde procede?

—Soy el doctor Bernius. Pueden comprobarlo en cada uno de esos malditos aparatos que nos han convertido en prisioneros.

—Estoy convencido de que ninguno de los detectores sería capaz de proporcionarnos una fotografía suya.

Bernius no contestó, como si no comprendiera el doble sentido de las palabras de Lory, que añadió:

—Tampoco quedó grabada en el Centro Médico de Emergencias, donde ese par de desgraciadas perdieron la razón.

—No sé de qué me habla, Lory, pero ya le dije antes, y lo repito ahora, que yo no estuve jamás en ese centro. Me hallaba lejos, disfrutando de otro ambiente menos sofisticado. Odio esto, y por ello quiero que me escuche.

—Me está mintiendo. Usted estaba allí. —Lory se volvió hacia el pupitre, conectó con la Estación y pidió una fotografía de Bernius—. Hay un hombre en mi casa que dice llamarse Bernius... Comprueben, por favor.

La respuesta no se hizo esperar:

—En efecto, es el doctor Bernius. —Y a continuación, le facilitaron todos sus datos personales, y por último, lo fotografía apareció en las pantallas.

Era el rostro del mismo hombre que estaba frente a Lory, que se volvió hacia su visitante, murmurando:

— Entonces... ¿No es... uno de ellos?

—No le comprendo, Lory. Yo soy Bernius, y usted parece que no está dispuesto a escucharme.

—Hable, doctor. Vamos, le escucho.

—Ya se lo he dicho. Stroud debe formar un nuevo Gobierno. Destruir todos los controles, dejar a la gente en auténtica libertad para decidir e inculcar en la mente de todos que jamás existirá ninguna otra guerra. Que nuestro planeta ayudará a los hermanos del Cosmos, cuando sea necesario... Hágaselo comprender, Lory, y dígale que, si no lo hace, su hija pagará las consecuencias.

—¿Dyna?

—Si, Lory.

—Es usted un canalla, Bernius. Pide que haya paz, y viene con amenazas. Si se atreve a hacer algún daño a Dyna...

—No se excite, querido Lory. Yo no he hablado de hacer daño, sino de consecuencias, y hay muchas formas...

—Si hago lo que usted me pide, Bernius... ¿sabe qué ocurrirá?

—Le harán caso. A usted le harán caso.

—No, Bernius. Le apresarán a usted. La pena para las amenazas a miembros del Gobierno o sus familiares, ya sabe cuál es. Le meterán en la celda de fuego. Le eliminarán.

—Si yo muero —recalcó Bernius, fríamente— Dyna pagará las consecuencias.

Y en aquel momento, Bernius parecía estar absolutamente seguro de su triunfo, igual que si fuera inmune a cualquier peligro o represalia.

Lory tenía que poner en antecedentes al padre de la muchacha.

* * *

Cuando el joven hubo terminado de relatar el mensaje que le diera Bernius, Stroud se dirigió a su pupitre para dar órdenes. Regresó para decir simplemente:

—He dado orden de que le detuvieran. Van a encerrarle en una celda. Le haremos hablar. Este puede ser el principio, Lory. Han cometido un error. Haremos hablar a Bernius y sabremos, al fin, quiénes son nuestros auténticos enemigos y cuáles son sus armas y su poder.

Pero Lory no lo veía nada claro.

—Stroud... Dyna me pidió que la dejara acompañarme en mi viaje, le dije que no era posible, por supuesto; pero, dadas las circunstancias, pienso que una temporada ausente...

—¿Temes por ella? Con Bernius en nuestro poder, no puede correr ningún riesgo.

—Recuerdo sus palabras. Estaba muy seguro, cuando las pronunció.

—Crees mucho en la influencia de esos extraños invasores, ¿verdad?

—Han dado pruebas de su poder.

—Bien. Yo no tengo inconveniente en que Dyna vaya contigo.

—No correrá peligro. Maknell es amigo nuestro, y dondequiera que esté, nos recibirá bien.

—De acuerdo. Hablaré con ella. Pero primero debo ocuparme de Bernius. Vamos. Quiero que estés presente cuando le hagamos hablar. Presiento que no tardaremos en saber la verdad de tanto misterio.

CAPÍTULO IX

Stroud se equivocó de medio a medio, al suponer que Bernius se mostraría locuaz.

No despegó los labios en absoluto. Permaneció inmóvil en el centro de la celda, sentado sobre un taburete metálico, con la mirada perdida hacia el centro, pero sin dirigirla a ningún punto concreto.

Dos oficiales amenazaron repetidamente con infringirle tormento, pero Bernius siguió en su mutismo, como si no oyera nada, como si ni siquiera estuviese presente allí.

Randell llegó hecho un energúmeno, como Jefe Supremo de la milicia y de la guardia, no había sido enterado de la situación hasta momentos antes.

—¿Qué clase de disciplina es ésta? Debí ser informado.

—Lo siento. Este asunto lo he llevado personalmente, Randell. Pensaba reunir al Gobierno para exponer la situación.

—¿Qué situación? —Miró con cierto desprecio a Lory y murmuró—. ¿Desde cuándo se acepta personal ajeno en estas dependencias?

— Lory no es ajeno. Ha aportado su colaboración. Me ha dado información muy estimable… Ya hablaremos de ello, Randell. Se trata de un complot. Una raza extranjera nos ataca. Bernius puede decirnos algo de ello.

—Ya he sido informado de ello con detalle, pero insisto en que debió comunicárseme antes este asunto.

—No discutamos por una cuestión de tiempo.

—Bien, Stroud. Esto entra de lleno en mis atribuciones. Yo me encargaré de hacer hablar a este hombre.

Lory intervino y, dirigiéndose a Stroud murmuró:

—Creo que sería mejor que le examinara un especialista. Su comportamiento no es normal. Parece presa de un letargo.

—No necesitamos sus consejos, Lory —bramó Randell, con deseos de mostrarse desagradable con el joven.

—Un momento, puede que tenga razón. Torturarle o matarle de poco serviría, si no habla… Será examinado.

—Te dejas influir muy fácilmente. Stroud —reprochó, mostrando más y mejor su odio hacia Lory—. ¿Es que no confías en mis métodos?

—¡Es mi hija la que puede estar en peligro, Randell!

—Pues déjalo en mis manos…

—Primero. Bernius será examinado por el especialista y pasado por los aparatos que sean necesarios. ¡Quiero saber quién es y de quién recibe órdenes! ¿Está claro?

Stroud no levantaba la voz, pero sabía ser autoritario, cuando la ocasión lo requería.

Lory pasó a una sala contigua con él, mientras el médico, con el equipo correspondiente, sometía a reconocimiento a Bernius.

El resultado fue desconcertante.

—Está perfectamente bien. Todo su organismo refleja una normalidad absoluta. Si no habla es porque no quiere.

—¿Ha probado con el detector "S"? —inquirió Stroud.

—Por supuesto. Es un hombre muy simple. Su vida responde al informe que conocíamos por los detectores. Su vida privada no tiene complicaciones.

Aquello resultaba más extraño todavía y fue la ocasión para que Randell pidiera su vez, al mismo tiempo que se mostraba archisatisfecho de su intuición.

—Conozco mi oficio, Stroud, y sé cuándo un tipo finge o no. Bernius está tratando de desorientamos. Ahora, hablará. ¡Ya lo creo que hablará!

Lory prefirió no estar presente, y Stroud se alejó también. A distancia, podían escuchar los gritos que Bernius profería.

—Esto no es posible, Stroud... ¡Esos métodos! —murmuró Lory, apretando los dientes.

—Yo tampoco los apruebo. Pero él se lo ha buscado.

—De acuerdo. Nos ha amenazado, pero debe existir otro sistema para convencer a la gente. La tortura es execrable.

Los gritos de Bernius eran estremecedores.

Lory conocía algunos de los procedimientos. Todo a base de electroshock. Sacudidas por todo el cuerpo, el cerebro, inyecciones de bacterias, que roían el cuerpo durante un tiempo determinado. Dosificadas convenientemente no producían la muerte, pero si algo que era mucho peor, y que quien era victima de ellas no podía resistir.

Sin embargo, Bernius no despegó los labios, como no fuera para gritar.

Cuando Stroud regresó, al fin, anunció:

—¡Basta! Dejadlo ya... En realidad, ya no podían hacerle más. Bernius se habla convertido en una auténtica piltrafa. Estaba tendido, enroscado como un gusano, inconsciente.

—Sólo es la primera sesión. Confieso que ha sabido aguantar, pero, cuando empecemos de nuevo, dejará de resistirse... — sonrió Randell, satisfecho.

—Yo le hablaré después. Ahora, voy a reunir al Gobierno.

Es hora de que todos sepan lo que se ha averiguado hasta el momento.

El tiempo había transcurrido muy de prisa, aquella noche.

El cúmulo de acontecimientos fue el culpable de todo el ajetreo. Amanecía, y Stroud ratificó su consentimiento en que su hija acompañara a Lory.

—En realidad, pienso que tienes razón, Lory. Nunca se sabe lo que puede ocurrir, y menos tal como están las cosas.

Poco después, el joven estaba ya en la base de astronaves, dispuesto a partir.

No le extrañó ver a Dyna, que se le habla anticipado, y ya estaba allí, esperándole.

—Estoy muy contenta de que hayas sido tú, precisamente, quien hablara con mi padre respecto a ese viaje, Lory.

—Quería complacerte simplemente.

—Bueno, yo sé que temes algo, y prefieres que esté lejos de aquí, pero no me importa el motivo. Quería hacer este viaje, intentar ser útil.

—Ojalá tengamos suerte, Dyna.

Todo estaba preparado; la nave biplaza, pero lo suficientemente holgada para largos viajes, fue situada en el punto de despegue. Los técnicos encargados de la plataforma levantaron la bóveda móvil para dejar paso al vehículo para su arranque vertical, propulsado por el propio piloto.

Desde su asiento, Lory recibió la señal de que podla maniobrar.

—¿Has hecho muchos viajes? —inquirió él.

—Una vez fui a la Estación Observadora —repuso ella.

—Ahora iremos un poco más, aprisa. Colócate la escafandra. Es para el despegue. Tenemos que subir muy de prisa.

Ella obedeció, y Lory empuñó la palanca, después de pulsar los botones correspondientes a la maniobra.

Lentamente, fue tirando la palanca hacia si.

La combustión invisible y silenciosa estaba llegando al punto máximo.

Lory siguió adelantando la palanca hasta que se produjo un chasquido. A partir de aquel instante, únicamente tenía que dar un leve tirón. Miró hacia la muchacha y sonrió. Era el momento.

Tras dar el último tirón la nave salió despegada, como proyectada a una velocidad imposible de seguir con ojos normales, sólo las pequeñas pantallas detectoras del vuelo marcaban la tremenda fuerza de escape que habla hecho desaparecer por completo de la vista el vehiculo.

Todo funcionaba perfectamente a bordo, y el control de la plataforma seguía indicando la enorme distancia que le separaba ya del habitáculo.

Al trasponer la zona de gravedad, Lory cambió los mandos, y dijo a su compañera que podía quitarse ya la escafandra, mientras él comunicaba con la Estación Observadora.

—Localicen las próximas galaxias. Objeto del vuelo: localización de Maknell. Necesito toda la información posible.

Poco después, una de las pantallas de la nave comenzó a transmitir datos, que Lory pasaba al memorizador.

—¿Puedo ayudarte en algo? —inquirió ella.

—Esto es pura rutina. Me están dando muchas pistas. Intentaré comunicarme con estos sitios, en cuanto alcance el punto óptimo.

Durante algún tiempo todo lo que alcanzaba la mirada a través de los ventanales transparentes de la nave era de una belleza monótona, que quedó rota ante la proximidad de un pequeño planeta.

—¿Nos acercaremos, Lory? —inquirió ella. El conectó una pantalla, y murmuró:

—Lo que hay allá abajo puedes verlo desde aquí. Y no va a gustarte.

La pantalla comenzó a retransmitir imágenes y Dyna pudo observar, llena de consternación, un paisaje lleno de ruinas, de muerte y desolación.

—¡Oh! Debí suponerlo… Es por causa de… nuestra guerra. ¿Verdad?

—Sí, Dyna. Es la obra de una sociedad civilizada. La obra del planeta perfecto, del Planeta del Ocio.

—¡Pobre gente!

—Sólo pedían ayuda. Ya les ayudamos. Ahora, no sufren.

Están todos muertos. Hay otros planetas iguales.

—Alejémonos de aquí, Lory. De prisa, por favor. Y cierra esa pantalla.

Lory obedeció, y comprobó los controles de la marcha.

La nave seguía su rumbo.

* * *

Entretanto, el doctor Bernius era sacado de la celda por dos guardianes. Le habían reanimado, pero continuaba encerrado en su hermético mutismo.

Los guardianes, cumpliendo instrucciones de Randell, le llevaron a un patio privado. Era un lugar rectangular de paredes extremadamente altas, metálicas por completo, y de una longitud de unos seis metros de lado en cuadrado.

Una puerta abría y cerraba a presión, sin dejar fisuras. Los guardianes obligaron a que el doctor entrara en aquel extraño patio.

Bernius se volvió para mirarles y, por primera vez, pareció reaccionar.

—Esto no solucionará nada. Sé que me vais a matar.

—Cumplimos órdenes. Entra.

—No tengo miedo, pero decid a todos que a partir de este momento se atengan a las consecuencias.

Bernius traspasó el umbral de la puerta: los guardianes cerraron, conectando el dispositivo de seguridad.

—En una de las paredes cercanas a la puerta habla un cuadro de mandos con tres palancas. Uno de los guardianes comenzó a accionarla.

Tras conectar la primera dos de las paredes del extraño patio parecieron cambiar automáticamente de color. El gris se volvió amarillo, y dio la sensación de que algo empezaba a arder.

La segunda palanca hizo lo propio con las otras dos paredes. Bernius seguía en el centro. Conocía aquello, aunque no lo había experimentado jamás. Ahora la experiencia ya no podía servirle de nada.

Sentía un sopor como si el poder de un fuego invisible comenzara a asarle vivo… por dentro.

La mano del guardián pulsó la última palanca.

El desenlace fue fulminante. Surgió la llamarada, como un tremendo chispazo, más rápido que el rayo.

Por una fracción de segundo aquel extraño pozo se convirtió en un ascua de fuego para volver a desaparecer al instante.

En el patio no habla quedado absolutamente nada, ni una partícula, ni un objeto personal… Ni siquiera las cenizas.

El doctor Bernius había sido eliminado.

* * *

—¡No debiste hacerlo, Randell! —exclamó Stroud y, por primera vez, sí había gritado.

—Es la ley. Bernius era un enemigo descarado y, además, se negó a hablar.

—Te dije que buscaría otros medios...

—No hubiesen servido, Stroud. Lo probamos todo. Sabía que le eliminaríamos, y no le importaba. Esto servirá de ejemplo a los que le han enviado. Ahora sabrán que no nos dejamos acobardar...

El gran Stroud sentía como si estuviera en medio de una tormenta de rayos. De poco había servido reunir el Gran Consejo, y explicar la situación. Nadie coincidía, y la idea de que el planeta pudiera ser invadido por seres superiores era descartado por la mayoría.

—Siempre nos hemos regido por nuestros propios métodos. No tenemos que cambiarlos ahora porque unos supuestos seres, a los que ni siquiera conocemos, pretendan imponer su voluntad.

Otra opinión era favorable igualmente a Randell:

—Si vacilamos será una señal de cobardía, y si esos enemigos existen, creerán que les tememos.

—En nuestro habitáculo jamás nos hemos dejado influir por los extranjeros.

Otros eran más moderados:

—De cualquier modo, es obvio que algo ocurre, y es difícil luchar sin conocer a fondo al enemigo...

—Yo sé el modo. Las turbinas de guerra patrullarán a todas horas. Impondremos el toque de queda, como se hacía en siglos anteriores. Nadie podrá circular por las calles sin un permiso especial. Dictaré una orden para que todo el mundo pase por una revisión. Se darán nuevas identificaciones... No costará mucho trabajo. Y el que desobedezca será eliminado. No queremos que ningún posible enemigo quede vivo.

Stroud no estaba de acuerdo:

—Esto no es justo. Nos convertiremos en un Gobierno de terror.

—Hay que imponer la paz a toda costa. Es necesario.

—La violencia no sirve de nada. Hagamos algo mejor. Programemos nuestros cerebros con un mensaje para esa gente. Digámosles que estamos dispuestos a escucharles. Sepamos qué quieren. Estoy seguro de que podemos llegar a un entendimiento.

—¿Debo entender, Gran Stroud, que rechazas mi plan? — inquirió Randell.

—Si, por supuesto. Lo rechazo.

— Bien... Deliberaremos, como de costumbre. Propongo un descanso.

Stroud propuso la clase de deliberación que estaba deseando Randell y no se equivocó.

Comentando con los demás, en ausencia de Stroud. Randell hizo hincapié en la edad de Stroud,

—Los años no pasan en balde. Ha sido un buen jefe, pero no es el hombre que necesitamos para tomar una determinación de este calibre... Creo que se impone una solución, de acuerdo con las circunstancias actuales.

Y entretanto...

* * *

En el bólido espacial todo parecía seguir igual: únicamente la proximidad de otro planeta operó un leve cambio. Algo raro flotó en el ambiente.

—Conecta la pantalla. Lory. Quiero ver ese planeta.

—Verás lo mismo que la otra vez, Dyna. Te sentirás horrorizada.

—Ponlo —sonrió ella, y sus ojos tenían un brillo extraño, casi morboso.

La presencia de las imágenes de la destrucción, de auténticos montones de cadáveres no pareció impresionar demasiado a Dyna en esta ocasión.

—Quiero verlo más de cerca —dijo.

Lory Ja miró, entornando los ojos, como si acaba de como prender la curiosidad de la muchacha.

Y los ojos de ella brillaron aún más cuando mayores eran las montañas

de escombros.

—Te estás haciendo daño a ti misma, Dyna. Voy a cerrar.

—¿Por qué? Al fin y al cabo… Fue una guerra. Nosotros tenemos armas superiores. —Fue un crimen.

—Quizá se lo merecían, Lory… ¿Quién sabe?

—¡Dyna! Es la primera vez que dices una cosa semejante…

—Bueno. Expresé un pensamiento. Tú siempre dices que cada cual es dueño de pensar y decir lo que siente, ¿no? —y acentuó más su sonrisa.

¿Qué acababa de ocurrirle a aquella muchacha?, se preguntaba Lory.

El hubiese apostado la vida, creyendo conocerla. ¿Acaso se había equivocado? ¿O es que no la había conocido nunca tal como era, en realidad?

Dejó la silla para instalarse en una especie de litera, a fin de descansar. No dijo nada. Observaba a Dyna, en silencio. Ella se aproximó y dijo:

—¿Por qué me miras de este modo? ¿Es que he cambiado?

—Sólo pienso.

—¿Qué piensas?

—En que… quisiera que fueses la muchacha de siempre…

—Soy la de siempre, querido. Soy la de siempre. Y ahora, descansa. Si llega alguna información, ya te despertaré. Sé que has dejado los receptores abiertos.

Lory no tenía ganas de dormir; sin embargo, el sueño acabó venciéndole, y así no pudo ver las extrañas manipulaciones que Dyna hizo en los mandos.

Muy sigilosamente, y vigilando que no despertara, Dyna cambió el rumbo de la nave.

CAPÍTULO X

El Consejo había decidido.

—En momentos graves, cuando la Paz se ve amenazada, y por suprema voluntad del Gran Consejo, éste, y siempre mirando al bien común, puede tomar acuerdos sin la autorización de…

El Gran Stroud atajó al *speaker*:

—De acuerdo. Puede ahorrarse palabras. Comprendo que han decidido prescindir de mí. Espero que no tengan que lamentarlo.

—Querido Stroud —intervino Randell—. No es nada personal, compréndelo. Tu labor al frente del Gobierno ha sido encomiable, pero a todos debe llegamos el retiro.

—Tu sed de violencias es insaciable, Randell, pero yo no he dicho mi última palabra.

— Stroud —murmuró Randell en un desusado tono conciliador—. Espero que no cometas la tontería de ponerte en contra del Gobierno.

—¿Mi cese se ha decidido que sea inmediato? —inquirió fríamente Stroud.

—Para el bien del país.

—Merecerías que replicase con las mismas armas. Tengo mi guardia personal perfectamente armada…

—Stroud, eso sería… .

—No temas. No lo haré. Empiezo a pensar que Lory tenía razón en todo… y. lo que ocurre es el castigo por nuestra estúpida arrogancia, por nuestro afán destructor.

—Puedes quedarte en las deliberaciones, si lo deseas —interrumpió Randell.

—No. Esta vez ni siquiera quiero ser testigo de una nueva arbitrariedad. Fui demasiado cobarde, por permitir que las cosas llegaran hasta este extremo. Adiós a todos.

—Un momento. Hablaste de Lory antes, ¿verdad? ¿Dónde está? .

—Haciendo por este planeta más que todos juntos.

—Oí hablar de un viaje.

—Si. Está con mi hija.

—Puede que necesitemos todas las naves…

—La que utiliza él se la concedí yo.

—No podemos conceder privilegios. Lory dejó la guardia.

—Nunca te gustó Lory. ¿Verdad, Randell?

—No me gustaron sus ideas.

—Porque no se las pudiste anular.

—Bueno, no es momento para discutir esto. Pero pienso ordenar que lo trasíaden de morada. Su estudio es para la categoría de inspectores. El no lo es, y sigue gozando de aparatos y materia que no le corresponden, y esto no está permitido.

Stroud salió del gabinete del Consejo, sin contestar. Sabía que aquello, tenia que llegar algún día, y recordaba citas de Lory:

> *No es una sociedad feliz, con los problemas resueltos, sino una cárcel, perfectamente controlada. En el fondo, vuestro gobierno es la más repugnante dictadura que jamás ha existido, pero sabéis disfrazarla…*

Y Stroud pensó también en que, tras las ansias de violencia de Randell, se ocultaba una desmedida ambición por el poder. Tenerlo todo bajo control era poseer ese poder que ya nadie podía discutirle.

Ahora sólo un milagro podría librar a los habitantes del planeta de sufrir las consecuencias del despotismo, en su propia tierra. Por otra parte, quedaban los extranjeros, ocultos en alguna parte, y mezclados con los nativos.

La única solución podría traerla Lory. Pero, ¿llegaría a tiempo?

De momento, comenzaba a tener problemas con la nave.

* * *

Dyna guardaba silencio, mientras Lory, tras su descanso, al hacer unas comprobaciones en los mandos, observó deficiencias.

—Es extraño. Todo está bajo control: sin embargo, ha disminuido la velocidad.

Dyna continuó silenciosa.

Al pedir datos al cerebro, observó el cambio de Dyna.

—¡Oh, no! ¡Esto no es posible que ocurra! ¿Cuánto tiempo llevamos fuera de ruta?

—Yo no entiendo de estas cosas, Lory —repuso ella encogiéndose de hombros con naturalidad.

Más que una pregunta, lo que había hecho Lory era un comentario en voz alta. Calculó el tiempo, y lo comprobó por medio del cerebro.

—Esto supone un retraso enorme. Hemos estado dando vueltas en un círculo. ¿Has detectado alguna comunicación?

—No. Te habría avisado.

Lory tuvo nuevos motivos para pensar que lo que ocurría dentro del vehículo no era normal. Las comunicaciones estaban cortadas.

—Parece como si estuviéramos sometidos bajo algún control extraño.

Empezó a trabajar para corregir las anomalías y terminó comprobando que todo podía volver a funcionar perfectamente.

— Está visto que no puedo descansar.

—Deberíamos regresar, Lory. Este viaje es una tontería.

—¡Dyna! Antes no pensabas así.

—Maknell no nos ayudará jamás. Volvamos. Después de todo, lo que ocurra en nuestro planeta es cuestión nuestra. El Gobierno siempre ha condenado las ingerencias extrañas.

—Desde luego, Dyna, no logro entenderte.

Pero en aquellos instantes Lory estaba demasiado preocupado para profundizar en el extraño cambio de actitud de la muchacha. Acababa de recibir un mensaje del planeta. Era Stroud quien lo mandaba a través de las ondas. La pantalla lo estaba descifrando.

—Situación comprometida. He sido destituido. Van a cambiar los controles. Cada ciudadano será un sospechoso.

La respuesta de Lory fue:

—No transmita. Puede hallarse bajo control. Intentaré ir lo más aprisa posible.

Se volvió hacia ella. No quiso hablarle de la situación de su padre. Se limitó a decir:

—Las cosas empeoran, allá abajo.

—Encontrarán medios para arreglarlo —repuso ella.

—Si. Ya conozco los medios. ¡En fin! —prefirió no discutir y volvió a la tarea de comprobar la ruta.

Tras un largo lapso de tiempo, recibió la primera señal que no tardó en localizar.

—Lory en vuelo de buena voluntad. Tratando de localizar a Maknell.

Repitió el mensaje y aguardó.

Llegó al fin la tan ansiada respuesta. En la pantalla apareció la ruta:

Galaxia XXI.

Poco después, apareció Maknell en la pantalla. Su propia voz fue la que dijo:

—Seréis bien venidos, tú y tu acompañante… Hemos captado tu señal y veníamos transmitiendo.

Al volverse hacia Dyna, Lory se mostró mucho más animado:

—Vamos a conocer otro habitáculo, en una galaxia distinta. Esto siempre es interesante. ¿No crees?

Por toda respuesta, Dyna se limitó a preguntar:

—¿Cuánto tiempo llevamos en esta nave?

—Bastante. Pero en el espacio este detalle carece de importancia. Lo malo es el que hemos perdido con el desvío. Ahora, ya estamos cerca.

Y desde su puesto, llegado el momento, Lory recibió las instrucciones para la toma de contacto con el suelo del planeta de aquella galaxia desconocida.

Y cuando el bólido bajó lentamente para meterse a través de la bóveda movediza, en dirección a la plataforma, Lory tuvo la sensación de que regresaba a su propio habitáculo.

Al saltar fuera del vehículo, miró en derredor. El gran hangar circular parecía ser una copia exacta del que habla dejado al salir, allá en su lejano planeta.

Las cabinas de control estaban situadas prácticamente en los mismos lugares. El color de los paneles que separaban las dependencias era también el mismo, igual que la forma de la bóveda.

Lo que faltaba era gente. No había nadie en derredor. Ayudó a Dyna a bajar, y la muchacha mostró igualmente su sorpresa.

— Estamos otra vez en casa.

Antes de que Lory pudiese contestar, sonó la voz:

—Si amigos. Esta será vuestra casa, por el tiempo que queráis.

Lory reconoció a Maknell, aunque no había conseguido localizarle.

—¡Maknell! ¿Dónde estás?

—Aquí, detrás vuestro. Sed bien venidos.

Lory se volvió, y vio a Maknell aparecer por el lado próximo a las dependencias del hangar. Avanzaba hacia ellos.

—Sé que tenéis problemas. Es algo que tenía que suceder…

Me alegro de que hayas traído a Dyna. Aquí estaréis bien.

—Necesitamos ayuda, Maknell…

— Lo sé —repitió el otro.

—¿Lo sabes?

— ¡Oh, sí! Aquí estamos mucho más avanzados técnicamente... Ya te dije que no teníais que ser necesariamente los mejores.

—Tratan de invadimos.

—También lo sé.

—¿Les conoces?

—Pues... Digamos que yo no tengo enemigos.

—Maknell... ¿Cómo son?

—Seres... Simplemente seres —repuso el ex jefe de deliberaciones de la Estación Observadora.

—¿Como nosotros?

—Pues... Todo ser que tiene vida, posee un parecido. Vive, respira, alienta... En tu planeta hay una concepción determinada de vida. Pero esa vida no significa, en modo alguno, una forma concreta. En una palabra, vuestros enemigos, vuestros invasores son prácticamente como vosotros. Los veis como vosotros.

Estaban hablando ya en una sala adjunta a la base de aeronaves. También el lugar recordaba a Lory su propio planeta.

—¿Viven aquí? —inquirió Lory, mirando en tomo suyo.

—Pueden vivir en todas partes.

—¿Hay alguno aquí?

—Sí —sonrió Maknell, de forma enigmática.

—¿Dónde están?

—¡Oh! El lugar y el tiempo son cosas relativas. Tú lo sabes, Lory.

Lory miró en derredor. Estaban ellos tres en la sala, muy bien dispuesta, con lujo de detalles y funcional comodidad.

—Quisiera verlos.

—Ya los has visto, Lory.

—Habla más claro, por favor.

—Primero quiero que veas algo, Lory… Y Dyna también.

La miró profundamente. Ella sonrió, y permanecieron algún tiempo con la mirada fija el uno en el otro. Parecían hablarse en el silencio, y Lory se sintió incómodo.

—Quiero que veáis lo que ocurre en vuestro planeta, —dijo Maknell, rompiendo el silencio.

—¿Es posible verlo desde aquí? —preguntó Lory.

Era obvio. Maknell acudió junto a un panel de la pared, y manipuló en unos botones.

Todo el entrepaño quedó iluminado como una pantalla transmisora de imágenes semejante a las utilizadas en el habitáculo de Lory. Rápidamente, en la imagen apareció la cúpula de la sede del Gobierno.

—Reconoces esto, ¿eh?

—Por supuesto.

Con un mando remoto en la mano, Maknell cambió la imagen, y la escena que surgió pertenecía a la calle. Era un aspecto totalmente inédito de las costumbres del habitáculo.

—¿Qué ocurre? —inquirió Lory.

Podía verse claramente cómo turbinas policiales, cargadas de agentes, perseguían a los ciudadanos que se habían amotinado en torno a un local público.

—Es una rebelión.

—Si, Lory. Randell está en el poder.

—Lo imaginaba. Stroud me dijo que había sido sustituido.

—Impera la ley del terror, y la gente ha empezado a protestar.

—Todo ha cambiado.

—Radicalmente, Lory. La gente piensa. Sabe que se la está tratando despiadadamente, y han empezado las protestas. Vuestro paraíso se ha convertido en un infierno.

La voz de un agente surgió a través del micrófono portátil que llevaba. El agente hablaba a los amotinados, que se habían encerrado en una dependencia oficial.

—¡Estáis acusados de negaros a la depuración! Si no salís de vuestro encierro, haremos desaparecer el edificio.

Uno de los amotinados habló, desde el interior, para advertir:

—No somos enemigos de la paz. Simplemente, deseamos que nuestros derechos sean respetados. Hemos vivido engañados. Nos están invadiendo, y el Gobierno no nos da ninguna explicación, y nos trata como si fuésemos enemigos. No lo somos, y sois vosotros mismos, los guardias, quienes deberíais protegemos de tanto despotismo.

—¿Te das cuenta? — sonrió Malmell—. La gente ha despertado.

—Es increíble.

—Escucha, escucha…

El oficial de la guardia volvió a levantar la voz:

—Estás renegando de tu Gobierno. Estás incitando a tus compañeros a la rebelión. ¡Sal y entrégate!

—¡Saldré para parlamentar! —gritó el otro.

—Esto terminará mal, Lory . Ya lo verás —murmuró Maknell.

El oficial dio unas instrucciones. Varias turbinas se situaron estratégicamente, bloqueando el edificio.

—Por última vez. Conmina a tus compañeros a salir.

El que hablaba en nombre de los encerrados, se pronunció:

—¡Queremos garantías!

—Garantías, ¿eh? Espero que esto sirva de escarmiento. ¡Aniquiladlos! — ordenó.

Las turbinas antidisturbios, perfectamente equipadas, hicieron asomar

sus cañones de potencia regulada.

A una nueva orden del oficial el fuego surgió por las bocas de aquellas armas, terriblemente eficaces.

El edificio gris cambió de color. Un amarillo intenso y deslumbrante entró en ignición.

Lory sabía lo que aquello significaba. Bastaba apretar la segunda palanca de los cañones para que una fugaz llamarada redujera a la nada el edificio y todo lo que habla en el interior.

—¡Es un crimen! Randell no puede proceder de esta forma —exclamó Lory.

—Tú sabes que si.

La llamarada se produjo. El edificio desapareció tan rápido como el brillo de un rayo. En su lugar quedó únicamente un solar, llano, exento de cenizas.

—Ahora sabrás lo que deseas, Lory —dijo Maknell—. Vamos...

CAPÍTULO XI

Salieron del edificio, y Lory contempló, estupefacto, un inmenso llano, sin colinas ni ondulaciones. La tierra, similar a la de su habitáculo, permanecía en estado virgen. Nada crecía en ella, a pesar de una agradable humedad.

El firmamento azul intenso tenia un brillo especial, que permitía contemplar toda la enorme superficie, que concluía en un lejano horizonte.

—¿Cómo se llama este planeta?

—Tiene varios nombres. Aquí se le llama el Habitáculo Infinito.

—Infinito.

—O el de los seres pensantes...

—Pero, ¿dónde vive la gente?

—En el infinito…

—No, no... No logro entenderlo.

—Es extraordinario — adujo Dyna, rompiendo por primera vez un largo mutismo.

—Si, Dyna. Tú lo sabes —repuso Maknell.

—¿Dyna? ¿Qué tiene que ver ella...? —inquirió Lory, aturdido.

—Me imaginaba algo así... Un lugar auténticamente libre —comentó la muchacha.

—¿Qué estás diciendo?

Dyna sonrió.

—No lo comprenderlas.

—Sí, lo comprenderá, Dyna... Déjame a solas con él. Vagaremos por este imperio.

Ella asintió. Lory sintió crecer su curiosidad. El cambio operado en la muchacha, durante el viaje, le había extrañado en principio, aunque no le concedió demasiada importancia. Ahora, en cambio, comprendía que algo habla sucedido. Algo que parecía haber trastocado las cosas.

Anduvo en silencio al lado de Maknell, pensando en los acontecimientos de su habitáculo. En la represión de los agentes, en aquellos monstruosos crímenes, pero más que nada en la actitud de rebelión de los ciudadanos.

—Como sabes —empezó Maknell, rompiendo el silencio—, primero empezó todo con unos incendios.

—Las Universidades.

—Sí. Luego, la fábrica.

—También...

—Luego, en la mente de las personas. Cambiaron, empezaron a pensar. En cada empresa de trabajo surgió un jefe, que abrió los ojos a sus compañeros; un médico se rebeló.

—El doctor Bernius.

—Exactamente. Y surgieron otros. En todas partes. La gente cambió. ¿Comprendes el proceder de la organización?

—Pretendes decirme que alguien, deliberadamente, hizo cambiar la mentalidad de las personas.

—Exacto, Lory. Cada cual adquirió los razonamientos más idóneos. Incluso el propio Stroud. Se dio cuenta de que el proceder del Gobierno que él presidía iba camino del desastre ....

—¿Y Dyna?

—Ya llegaremos a Dyna...

—¡Oh, Maknell! No comprendo nada. Yo he venido a pedir ayuda. Sabía que tú podrías hacer algo. Has recorrido otras galaxias, tienes profundos conocimientos...

—Con vosotros, jamás me han servido. Con los tuyos...

—Mi forma de pensar jamás ha cambiado.

—Por eso no se han metido contigo. No tienen nada contra ti. Tú podrías vivir en cualquier sociedad; otros no.

—¿Y quién cambia esa forma de pensar?

—Los seres pensantes. Lory.

—¿No es posible... verlos?

—Pues si y no... Veamos.

Maknell se detuvo, contemplando el infinito. Luego, añadió:

—El cerebro de los seres es algo que, en nuestra constitución corpórea está aquí —señaló la cabeza—. Aquí está toda la materia pensante que nos hace inteligentes o torpes, según el grado de desarrollo de la materia, pero no vayamos a metemos en cuestiones científicas. Todos tenemos un cerebro, que forma parte de nuestro organismo.

—Cierto.

—Pero existen otras formas de organismo. Pensamientos puros. Materia viviente procedente de otros habitáculos. De éste, por

ejemplo.

—¿Te refieres a moléculas?

—Bueno, algo parecido; llámale moléculas, átomos vivientes, formas que viven en libertad, por separado o unidas. Es como la desintegración de un todo, del cual cada partícula es un ser aparte, tan inteligente como la más pensante.

—Partículas de materia gris... pensante —murmuró Lory, buscando palabras de uso corriente.

—Algo así, querido Lory. Son microcuerpos. Poderosos y justicieros, a su modo. No pueden ser buenos ni malos. Siguen unas leyes que nadie ha escrito jamás, y ahora le ha tocado a tu habitáculo que esos seres se ocupen de él. Impondrán su forma de vida lógica, lo que debe ser, y nadie podrá impedirlo.

—¿Y...?

—Espera, espera, déjame concluir, querido Lory. Ya sé que, en principio, todo esto es algo tan fantástico que a una mente mediana le cuesta asimilar.

Lory asintió, mientras su amigo proseguía.

—Una legión o uno solo de esos seres, de esa micromateria, es suficiente para variar todo un sistema.

—Creo que comprendo... Se introducen en la mente de los mortales y tienen el poder de hacerles cambiar su forma de ser.

—Veo que lo has comprendido.

—Entonces... Tú mismo, yo, cualquiera puede ser uno de ellos.

—Exacto, Lory. Cualquiera.

—El que incendió las universidades.

—Sin causar víctimas, no lo olvides.

—Si, claro...

—Y el de las fábricas. Desde que tú no estás han ocurrido nuevos sucesos.

—¿Y el doctor Bernius?

—El doctor Bernius tenía que —comunicar un mensaje. Era una forma de que los miembros del Gobierno reconocieron el nuevo poder que se avecinaba. Les daba una oportunidad para rectificar.

—Pero volvió locas a dos chicas.

—Se pondrán bien, y no recordarán nada. Fue una señal, una demostración, una forma de dar qué pensar.

—Le torturaron. Y se dejó torturar.

—Y luego le eliminaron, pero sólo su cuerpo, su partícula de cerebro sigue viviendo, es inmortal.

—¿Y Dyna? Amenazó con que podría ocurrirle un grave daño.

—Exacto, y lo cumplió. Ya has observado que Dyna ha cambiado. Cambió en el preciso momento en que Bernius fue oficialmente eliminado.

—Ella era una muchacha buena y comprensiva. Si había cosas que no entendía era porque nadie le había enseñado a aquilatar lo justo de lo injusto. Era observadora de las leyes y buena hija... Y ahora... Parece que goce con el mal ajeno.

—Así es, Lory.

—Hay que arrancar de su mente esa partícula, Maknell. Ella es inocente, hay otros culpables.

—Le ha tocado a ella. Lory. Hay que aceptar las cosas. Tu Gobierno tendrá que comprenderlo también. De nada serviría cambiar las edificaciones y programar nuevos controles... Los Cerebros Libres no quieren ese sistema. Propugnan por la total libertad; por eso, cualquier persona detectada no puede ser fotografiada, a menos que los cerebros accedan a ello.

—¿Y tienen el poder suficiente para variar los programas de las máquinas?

—¿Por qué lo dudas?

—Es imposible.

—Un cerebro debe ser siempre superior a una máquina. Lory.

—Por supuesto.

—Y un cerebro superior puede gobernar el Universo. Esto es lo que hacen vuestros invasores. Los cerebros libres, los microseres pensantes. Ejercen sus atributos al cien por cien.

—Al cien por cien —repitió Lory.

—Tú lo has leído, querido amigo. El cerebro corriente del ser normal trabaja a un rendimiento muy bajo, se deja atrofiar voluntariamente, y va pereciendo poco a poco. Nadie se ha preocupado de hacerlo trabajar a tope, de utilizarlo en toda su grandeza, y lo peor es que muchos lo usan sólo para el mal.

Se hizo un largo silencio, que rompió por fin Lory:

—¿Y tú, desde aquí? ¿Cómo puedes saber todo lo ocurrido allí, en mi habitáculo?

—Ya has visto mi pantalla difusora.

—Si, claro, pero además, sabes todo esto que me has contado. ¿Cómo puedes tú, Maknell…?

Su amigo sonreía de forma que a Lory le pareció enigmática.

—¡Maknell! ¡Contéstame! Tú has sido transformado también por esos cerebros.

Maknell amplió su sonrisa.

—Es así, ¿verdad?

—No, Lory. Nadie me ha transformado. Te lo aseguro.

—Entonces, ¿cómo sabes lo que son esos seres? No puedes verlos.

—Eso, Lory…. no lo comprenderías —repuso Maknell, lentamente.

CAPÍTULO XII

Habían caminado en silencio hasta un edificio que Lory no había visto antes de entonces.

—Aquí, tú y Dyna podréis descansar, mientras dure tu estancia en este planeta.

—No me había dado cuenta de que existía esto —dijo Lory, señalando al edificio.

Maknell no contestó, y Lory, al mirar en derredor, vio en todas partes lo mismo: llano, sin ondulaciones, llano hasta el horizonte.

¿Dónde estaba, pues, la base donde habían tomado contacto con el planeta?

—Creo que acabaré perdiendo la razón, si sigo aquí. Quiero irme.

—¿Adónde?

—A mi habitáculo.

—¿Para qué?

—Para advertir a todos de la verdad.

—Nadie querrá escucharte. Te condenarían. No puedes hacer nada.

—¿Qué ocurrirá?

—Habrá una guerra entre ellos. Se destruirán entre sí, y volverán a empezar de nuevo.

—¿Y quién gobernará?

—Los supervivientes. Empezarán a partir de cero. Como siempre. Es el sino de toda civilización; cuando creen llegar a la perfección, se destruyen porque esa perfección jamás ha existido.

—Tengo amigos allí, gentes que son buenas.

—Nada se puede hacer. Es el castigo.

—No es justo que paguen los que no tienen culpa.

—Todos, de un modo u otro, la tienen; los que mandan despóticamente y también los conformistas. Es el pago a los muchos crímenes cometidos.

—¿Te refieres a la última guerra?

—Ese fue el punto límite.

—Lo sabía. El castigo tenía que venir...

—Si, Lory. Tú siempre has tenido una clara visión de las cosas. Por eso estás aquí. Entra, por favor.

De repente, la figura de Maknell se le antojó lejana, inaccesible y sin embargo, su extraño amigo seguía allí, a su lado. Pero su rostro permaneció grave, impenetrable. Era imposible imaginar lo que estaba pensando en aquellos momentos.

Quiso decirle algo, pero se sintió impulsado hacia el interior de aquellos muros metálicos que cerraban una construcción tan similar a las de su planeta,

Estaba seguro de que antes, aquella morada no estaba allí, como tampoco acertó a ver la base... ¿Estaba soñando acaso? ¿Era aquello una pesadilla?

Se preguntaba quién era Maknell en realidad, cuando se encontró en la sala del edificio, frente a Dyna, que estaba frente a una pantalla difusora, que cubría toda la pared.

—Se están matando entre ellos, Lory —dijo, con la mirada fija en las imágenes. Parecía hipnotizada.

Las escenas eran sobrecogedoras, grupos de gente armada hacian frente a las turbinas del ejército, lanzado a la calle. El fuego aniquilador borraba de las calles escuadras de turbinas de ataque, a la vez que edificios enteros desaparecían tras fugaces llamaradas.

Unos niños corrían, aterrorizados, por una rampa, gritando, llamando a sus padres…

— Es el castigo... —murmuró ella—. Esos niños antes eran felices, pero han osado desafiar el poder.

—¡No digas eso!

—Todos deben pagar, Lory. ¡Todos!

Lory cerró los ojos y apretó los puños con un gesto impotente. Él hubiera querido evitar todo aquello.

Una llamarada barrió materialmente a las criaturas.

La pantalla puso en imagen una sesión del Consejo. Alguien estaba diciendo a RandeIl:

—La ciudad entera quedará reducida a la nada. Han asaltado un depósito de armas.

RandeIl gritaba como un loco:

—Mátenlos a todos. No importa que lo arrasen todo. Los supervivientes lo reconstruirán todo. ¡Acción, acción! Nuestro poder es inmenso. .

Pero la pantalla reflejó entonces a un grupo de jóvenes, que asaltaban uno de los centros de detección de la Gran Ciudad.

Dos guardianes les salieron al paso, pero los jóvenes, armados con pequeños tubos lanzarrayos, les aniquilaron, dejándoles convertidos en nada.

El grupo siguió por las dependencias del Centro Detector.

Luego todo quedó destruido por el fuego. Ni siquiera el mismo grupo se salvó de la destrucción.

En el planeta era de noche, una noche desacostumbrada porque la mayor parte de las cúpulas que daban la iluminación a la Gran Ciudad permanecían a oscuras.

En un Centro de Control de Energía, un jefe gritaba:

—Han inutilizado el sistema de energía.

—Utilizaremos las baterías de emergencia.

Pero en el edificio descampado donde existía la planta de baterías de emergencia, otro grupo, a distancia, lo eliminaba con el fuego de los rayos destructores.

Un nuevo desastre era anunciado a Randell, en su gabinete:

—Hemos quedado incomunicados con la Estación Observadora del Espacio.

Y a través de la pantalla, el zumbido de emergencia anunciaba otro mensaje nefasto:

—Los centros piloto de detección han sido destruidos totalmente. No

podemos localizar los innumerables grupos de rebeldes.

—Localícenlos. ¡Utilicen todas las turbinas! —gritó Randell.

La pantalla reflejaba a un considerable grupo de hombres y mujeres dirigiéndose a las afueras, hacia la zona rocosa, bajo la cual permanecía enterrada la vieja ciudad.

—Es el único sitio donde podrán librarse de perecer —murmuró Lory.

Y entre aquella gente, perseguida por rápidas turbinas, que tenían que luchar con las tinieblas, la pantalla iluminó un rostro.

—¡Es mi padre! —exclamó Dyna, reaccionando.

Por primera vez, en mucho tiempo, su abstracción habla desaparecido por completo, y su rostro reflejó una ligera angustia.

Stroud tomó la palabra.

—Iremos a las cavernas para protegemos. Los que se encuentren con fuerzas, que avisen a todos los que puedan. Roben turbinas, pero procuren que no les descubran... Si esta matanza prosigue, nadie quedará con vida... Habrá que procurarse alimentos. Nos organizaremos.

—¡Las turbinas! Vienen hacia aquí.

Un pequeño detector portátil que llevaba el hombre que informó, marcaba la distancia a que se hallaban.

—¡Rápido, desciendan por las rocas!... Utilicen lo menos posible las linternas. Si nos descubren, nadie se salvará.

La turba atemorizada de gente comenzó a meterse entre los agujeros de las rocas.

Más al fondo, viejos escalones y rampas de tierra descendían hasta las profundidades, donde quedaban en pie viejos muros de edificio pretéritos, sepultados por la nueva ordenación del terreno.

—¿Recuerdas esto, Lory? — murmuró Dyna. Volvía a parecer la de antes.

—Si, Dyna.

—Habíamos jugado aquí, cuando éramos niños. Luego, lo prohibieron.

Todo lo prohibieron —añadió Dyna, con nostalgia.

—Pensaban construir un refugio para posibles ataques y empezaron los trabajos, pero luego lo dejaron. Les sobraban los medios y el material y buscaron algo nuevo... En los tiempos antiguos, las viejas ciudades conservaban sus monumentos. Sentían un profundo respeto para las obras maestras de sus antepasados. En nuestra sociedad, se arrasó todo...

—¿Crees que se salvarán?

—Quizá a ti ya no te importe. Sé lo que te ocurre. Tu voluntad ha cambiado. Tú no tienes la culpa de ello.

—¿Mi voluntad?

—Si, Dyna... Es una larga historia.

—No, Lory... Yo sentía deseos de ver a Maknell, algo me impulsaba hacia él, pero no sé por qué. Ahora no sé qué me pasa. Te lo aseguro, Lory.

—¿De veras?

—Si. Siento como... si hubiese estado soñando.

—¡Dyna! Tal vez te han dejado libre...

—¿Me han dejado libre? No comprendo... Quiero salvar a mi padre... Hacer algo por esa gente.

—Yo también, Dyna, pero no podemos salir. Estamos aislados...

—La base... ¿Dónde está la base?

—No lo sé. Debimos andar mucho, con Maknell.

—¡Llámale!

Lory se levantó, sin demasíado convencimiento, y buscó por todo el edificio. Tenía cuatro salas, todo muy funcional, como en el habitáculo, pero Maknell no estaba.

—¡Maknell! ¡Queremos regresar! ¡Dyna quiere regresar también!

No, Maknell no respondió. No estaba allí. Y lory volvió a recorrer las dependencias. Un gabinete con aparatos, el comedor, con abundantes

manjares, y luego la cámara dormitorio. Era todo.

—No está —dijo, al regresar—. Pero no importa. Buscaremos la base.

Ella estaba observando la pantalla. Los perseguidos estaban metidos entre las grutas formadas por las rocas. Eran como animales humanos, aterrorizados bajo tierra, mientras sus verdugos batían las cercanías de la ciudad sepultada.

—Temo que descubran la verdad.

—Jamás se meterán entre las rocas. Recuerda que habían empezado los trabajos. Hay algunas trampas y pueden quedar atrapados. Tu padre sabe dónde están esas trampas. Anda, cierra esto. Buscaremos nuestra astronave.

—Si, Lory. Vamos a ayudarles —repuso ella.

CAPÍTULO XIII

Cuando Lory y Dyna salieron del edificio contemplaron el desolado panorama que les circundaba.

No era un lugar desagradable, pero habla algo que sobrecogía. Era, sin duda, aquella terrible sensación de soledad.

—No es posible orientarse...

Miró hacia el firmamento. Ninguna luz brillaba. No habla astros por encima de aquel habitáculo de la Galaxia XXI. Tampoco lucía ningún sol que calentara la superficie; Sin embargo, el clima era agradable, y aquella tierra daba la sensación de ser fértil.

—¿Adónde habrá ido Maknell? —inquirió ella.

—No lo sé. ¡Vamos! Antes, he visto un pupitre... Hay pantallas, quizá consigamos orientamos.

Entraron de nuevo, y Lory se sentó ante los mandos de un pupitre, muy similar al que tenía en su morada.

Buscó la clave de información y en una pantalla apareció el lugar exacto del emplazamiento del planeta.

—Bueno. Al menos, funciona —y registró mentalmente los datos—. Veamos si consigo dar con la base.

Tras nuevas manipulaciones, apareció en la pantalla otra escena de la lucha que se estaba desarrollando en su planeta de origen.

—Es fantástico. Esos detectores tienen un poder increíble. Estamos a una distancia incalculable, y las imágenes llegan perfectamente. Pero no es eso lo que quiero ahora.

—Base de astronaves, base de astronaves —repitió, y conectó un micro.

Su voz quedó grabada, y en seguida, en otra pantalla, surgió un emplazamiento.

—¡Mira! — exclamó ella.

Si. En la pantalla había aparecido el mismo edificio al que habían llegado al tomar contacto con aquel lugar.

—Ahora sólo falta el emplazamiento.

Pero tras formular la pregunta, la respuesta fue desalentadora:

—No hay emplazamiento. No hay puntos de control, ni coordenadas. Esto es como navegar sin brújula.

—¿Por qué nos habrá dejado Maknell? — comentó ella.

—No nos ha dejado. No creo que nos haya dejado.

—¿Dónde está, pues?

—No lo sé, pero él si sabe lo que hacemos. Maknell lo sabe siempre todo, y ha querido que nosotros lo comprendiéramos. Quizá está intentando… salvarnos.

—¿Salvarnos?

—No quiere que tomemos parte en esa guerra cruel.

—Yo quiero ir allí, Lory.

—Si. Dyna, y yo, pero tú sabes que nada podremos hacer para ayudarles. No tenemos medios, y jamás han querido escuchar las palabras. Recuerda cuando acudían a nuestro habitáculo los heraldos, con su corte de “hermanos” del Cosmos: los aniquilaban. Ellos no exigían nada, pedían únicamente ayuda y comprensión. No, Dyna, nosotros sólo podríamos invocar al sentido común.

—Aun así, Lory. Tal vez...

El asíntió, y manipuló nuevamente en el pupitre. Apareció de nuevo el edificio de la base, pero estaba medio destruido.

—¿Qué ocurre? —exclamó la muchacha.

—Parece que la base haya sido atacada... Algo está sucediendo. Si estuviera Maknell... — siguió buscando. .

Las anotaciones respecto al emplazamiento seguían siendo nulas. Pulsó otro botón, y aparecieron las imágenes de algunas turbinas de emergencia, trasladando enfermos. En otra pantalla, aparecieron otros jóvenes riendo como aquel par de muchachas que habían perdido la razón.

—¡Son imágenes de nuestro habitáculo! —exclamó ella.

Es lo que estoy pensando, Dyna... ¿Dónde estamos, realmente?

—Este es un lugar muy extraño, Lory.

—Sin embargo, aquí no ocurre nada...

Se iluminó otra pantalla y apareció una figura venerable.

Era el rostro de un hombre que hizo saltar una exclamación de labios de Lory.

—Tú debes siempre mantener tu recto criterio, hijo. Sean cuales fueren las tendencias, obra con justicia, de acuerdo con tu cerebro.

—¡Es mi padre! —exclamó Lory— . Esas palabras me las repetía con frecuencia.

El anciano siguió hablando:

—Todo cambiará, pero lo que no puede cambiar es el recto criterio. Nuestro habitáculo camina hacia el abismo. Los gobernantes no se dan cuenta, no escuchan su propio cerebro, inventan y destruyen, confían

más en las máquinas, olvidan el corazón…

—¡Padre! Tú estás muerto… Hace tiempo de esto. Te eliminaron por tu forma de pensar.

Manipuló para buscar una explicación de lo que estaba ocurriendo, y la pantalla oscureció para dar paso al rostro de Maknell.

Maknell tomó la palabra, pero no se dirigía concretamente a Lory.

Eran fragmentos de conversaciones que había sostenido en otros tiempos y en otras latitudes.

—El tiempo es un factor abstracto. Nadie ha logrado como prenderlo, aunque todos creen entenderlo a partir de su mediación. No es así. El tiempo no se mide. Todo lo que está hecho de materia muere porque así está construido. No es el tiempo lo que mata y lo que envejece los cuerpos, es la propia constitución de todas las cosas, dentro del ambiente en que se mueven… No existe pasado ni presente ni futuro. Lo que si existe es un cerebro, rector de todas las cosas…

Repitió aquellas palabras, que tanto Lory como Dyna musitaron igualmente para sí.

—Un cerebro rector de todas las cosas… Maknell siguió hablando. Lory estaba confuso.

—Es verdad. El tiempo no existe. Esta galaxia no tiene ninguna edad. Nadie ha metido su tiempo, en este lugar. Es un sitio virgen. El paraíso de los seres pensantes, de las partículas, que son cerebros cien por cien… Lo que está ocurriendo ahora puede ser evitado.

—¿Cómo? —inquirió ella.

—Retrocediendo en el tiempo. Evitándolo… Si pudiera hablar con Maknell… El debe saber cómo hacerlo.

Pero Maknell seguía allá en la pantalla y como si contestara a lo que Lory acababa de expresar en voz alta, siguió hablando:

—Nada de lo que ha ocurrido, ocurre u ocurrirá, puede ser modificado…

—Si, puede ser. El tiempo no existe. Ignoro el motivo por el que la voz y la imagen de mi padre está programada en ese pupitre, pero lo he oído, y mi padre murió hace tiempo… Le he visto como entonces…

—Quieres salvar lo que no tiene solución. Lory —dijo entonces la imagen de Maknell en la pantalla—. Ha habido otros como tú. Odiaban la violencia y predicaban la igualdad, la hermandad y la justicia. Todos sufrieron las iras de quienes querían ser salvados, de quienes más necesitaban de sus salvadores.

—Algo se puede hacer. Hay que luchar para salvar a los hermanos. Vivir es hermoso... Quiero salir de aquí. Maknell. Y ella quiere acompañarme también.

Las pantallas enmudecieron. Las imágenes desaparecieron, como si todo lo sucedido en tan escasos minutos hubiese sido un sueño.

—Vamos, Dyna... Encontraremos la base, como sea —repuso Lory, resuelto.

Entonces comenzó un largo peregrinaje.

CAPÍTULO XIV

No estaban cansados, a pesar del mucho tiempo que lIevaban vagando por aquella superficie lisa, blanda y agradable, pero terriblemente solitaria.

—No hay nada. Absolutamente nada —murmuró elIa.

—La base existe. Si MaknelI quiere ayudamos, hará que la encontremos.

—¿Tanto poder le atribuyes?

—Él puede guiar nuestros pasos. Puede influir en nuestra inteligencia. Lo hizo contigo, recuerda...

Dyna no acertaba a recordar.

—Quizá no podrías comprenderlo. Yo si, pero sólo en parte. MaknelI me ha abierto los ojos, me ha hecho ver cuán débiles somos, en comparación con lo mucho que creemos saber. Somos los más torpes de los vivientes, y no nos damos cuenta de nada.

—Yo creía conocer a MaknelI. Ahora, no sé. Estoy llena de confusiones —confesó la muchacha.

—Debe ser alguien muy superior a nosotros. Lástima que nuestro Gobierno no quisiera escuchar sus consejos, cuando lo teníamos de jefe de deliberaciones... Desde la Estación Observadora nos guiaba. No le hicimos caso, y le expulsamos para declarar la guerra a nuestros hermanos del Cosmos...

—Entonces, es él quien se ha vengado.

—Yo no lo creo así, Dyna. No es una venganza. Nuestro planeta sufre las consecuencias. Es el castigo. Todo evoluciona, se transforma y vuelve a empezar. El lo dijo.

—¿Por qué no nos ayuda a encontrar la nave?

—Tal vez tiene sus motivos. Pienso que no se debe confiar en que todo nos lo den hecho, tenemos que colaborar, trabajar para conseguir nuestros propósitos. Servimos de nuestros propios medios.

—¿Qué encontraremos allá, en nuestro planeta, si conseguimos llegar algún día, Lory?

—No lo sé, Dyna, no lo sé...

Perdieron la noción del tiempo transcurrido. Ignoraban los kilómetros que habían estado andando, ni siquiera sabían el rumbo que seguían, pero continuaban caminando.

En la superficie nada había cambiado: ni el tiempo ni la luz. Todo seguía igual.

Fue de pronto, de una forma sorprendente y fugaz, que apareció cerca de ellos la base.

¿Cómo no la habían visto antes?

Estaba allí, con su metal grisáceo, satinado. Corrieron hacia la entrada.

La nave estaba en la plataforma, tal como la habían dejado.

Todo parecía intacto. No había señales de haber recibido daño alguno.
.

—Lo que vimos en las pantallas no era esta base. Era la de nuestro

habitáculo, Dyna.

—Es posible —murmuró ella.

—¿Sabes lo que pienso? Que este lugar no puede estar en ningún plano. Sólo nosotros sabemos que existe…

—¿Y qué hace Maknell aquí?

—Maknell está aquí y en otros sitios. Tiene un don especial. No podría explicarlo, pero sé que es alguien excepcional.

Subieron a la nave, se acomodaron en sus respectivos sitios y ella recordó algo:

—Yo no quise venir… Desvié el rumbo de la nave. No quería que Maknell pudiera ayudamos.

—¿Fuiste tú?

—No sé por qué lo hice… Sé que pensaba únicamente en la destrucción. Quizá que ocurriera lo que está sucediendo.

—No eras tú, Dyna… Te obligaron a pensar así.

—No lo entiendo.

—Tenía que ser así. Creo que empiezo a comprenderlo.

Ella le miró fijamente. No entendía nada. ¿Por qué tenía que ser de ese modo?

Lory puso en marcha la nave, que se elevó rápidamente sin dificultad. A lo lejos, el planeta de la Galaxia XXI era sólo un pequeño astro luminoso, rodeado de una aureola azul.

Pronto desapareció su imagen de la pantalla, mientras el cuenta velocidades soltaba cifras increíbles. La nave surcaba el espacio a una velocidad que ninguna pantalla normal hubiese sido capaz de seguir.

La imagen del llamado Planeta del Ocio no tardó en aparecer por la pantalla.

—No es posible que hayamos llegado. Lory… Mira el indicador de distancias…

—Si, querida. Regresamos de muy lejos, pero sé que esto también es

obra de Maknell. Ahora no te asustes de lo que encontraremos allá abajo.

Dyna sintió un escalofrío.

Las imágenes se aproximaban, pero sólo mostraban edificios destruidos. Ni un solo ser viviente deambulaba por la superficie.

—Es lo que imaginaba —murmuró Lory.

* * *

—Es lo que imaginaba — repitió, cuando salieron de la nave, junto a la antigua base, medio derruida.

Ante los ojos de la pareja apareció un inmenso llano. Antes todo eran edificios oficiales.

A la otra parte de la avenida, habla quedado algún edificio semidestruido.

—¿Sabes qué significa esto? —murmuró Lory— . Destruyeron la central principal. La energía de las armas perdió su poder, por eso quedan estos restos, que no han desaparecido: seguramente encontraremos cadáveres quemados.

Avanzaron solos, en medio de aquel desolado paisaje.

Al entrar en la base ella lanzó un grito. En el suelo, yacía medio cuerpo de hombre. El resto habla sido consumido por el fuego letal.

Más allá había restos esparcidos, chamuscados, con un olor nauseabundo, que impregnaba el ambiente.

—Todo está destruido. La aniquilación ha sido total. Sólo quedan unas escasas ruinas...

Lo comprobaron al andar por la explanada que antes habían ocupado otros edificios destinados a viviendas, a universidades, a centros de investigación.

Como muestra de lo que había sido la Gran Ciudad de aquel habitáculo, quedaban en pie algunas paredes metálicas y parte del

edificio del Gobierno.

Pasaron cerca de él. En la calle, y en las rampas de entrada, a distintos niveles, se observaban restos de bólidos medio destruidos. Algunas de las rampas metálicas colgaban grotescamente.

Planchas retorcidas de metal se hallaban amontonadas en lo que había sido una encrucijada de calles importantes, en el corazón de la Gran Ciudad.

Lory se separó de la muchacha y apartó varios de los cascotes.

Debajo apareció una turbina en buen estado, parecía un milagro que pudiera existir algo entero, en medio de tanta destrucción.

Hizo una seña a la muchacha para que se acercara.

—Veremos si funciona —dijo él.

—Todo está destruido. Sin la central general no hay energía — murmuró ella.

En un habitáculo automatizado todo generaba a partir de las centrales; destruidas éstas, también, de una forma automática, se paralizaba cuanto dependiera de dichas centrales

—Existe el combustible de emergencia —dijo él.

Y probó de poner la turbina en marcha.

Un chasquido indicó la posibilidad de que el vehículo pudiera correr, pero algo fallaba.

—Debe tener alguna pieza deteriorada. Veré si puedo arreglarla. Nos servirá para llegar hasta las grutas. Están muy lejos.

Se puso a arreglar la turbina, levantando las tapas metálicas que ocultaban los mecanismos.

El silencio era absoluto, y mucho más sobrecogedor que el que habían experimentado en la Galaxia XXI. .

Dyna lo observaba todo llena de tristeza y espanto, en extraña mescolanza.

¿Quién podría creer que aquello había sido una ciudad superdesarrollada?

Mientras la muchacha deambulaba, sin separarse demasiados de Lory, un zumbido cruzó el espacio.

Instintivamente, Dyna volvió la mirada hacia lo alto. Lory había hecho lo mismo.

—¿Qué es aquello? —inquirió ella, tras un silencio.

Un puntillo lejano se desplazaba en el espacio, a gran velocidad.

A la claridad del día, el puntito se hacía extremadamente luminoso, como un lejano mundo.

—Es una astronave, por supuesto —murmuró él, siguiendo la trayectoria del bólido. —¿Nuestra?

—No... No es posible. Ese brillo es distinto.

—¿De dónde puede proceder?

—Todavía existen mundos desconocidos por nosotros, Dyna.

—¿Crees qué nos habrán visto?

—Es posible que sí...

Ella sintió miedo repentinamente.

—No te preocupes... Ya nada puede sucedemos. Esto estará pronto arreglado. Hay algo atascado. El combustible de emergencia no alcanza. Lo tendré solucionado en seguida.

El punto luminoso, muy lejano, había desaparecido. Ya no se oía el zumbido, por lo que el silencio volvía a ser absoluto. Por ello, Dyna, más próxima a las ruinas del antiguo gabinete del Gobierno, pudo percibir otro sonido, que parecía proceder del interior.

—¡Lory! —llamó.

—En seguida termino.

—He oído algo. Lory.

—No hay nadie, querida. Ya lo ves. Sólo se respira aire corrompido. Hiede a muerte...

Ella avanzó, no obstante, hasta lo que había sido la entrada principal

de la sede del Gobierno. Continuó escuchando un golpeteo rítmico... como gotas de agua cayendo sobre un charco, y entró...

No existía bóveda alguna. El firmamento podía verse perfectamente entre los destruidos muros. La gran rampa estaba partida, colgaba. Habían desaparecido las dependencias de la primera planta.

Aquel ruido, semejante al gotear del agua, se hizo más patente. Provenía del fondo de un antiguo corredor, del que sólo quedaban la mitad de los tabiques. Las rampas del subterráneo estaban obstruidas.

Dyna aguzó los oídos... Aquel goteo parecía avanzar hacia ella, y recordó entonces los antiguos detectores manuales.

¡Sí! Era un detector... Alguien lo estaba manejando.

Quiso salir corriendo, con la sensación de ser espiada, pero una voz le conminó:

—¡Quieta! ¡Puedo hacerte desaparecer!

Cuando ella se volvió reconoció al hombre que la encañonaba con uno de los mortíferos tubos.

CAPÍTULO XV

Lory había concluido ya de arreglar el bólido-turbina. Ahora funcionaba manualmente gracias al combustible de emergencia. Lo condujo por el sistema de pulsadores hasta la entrada de la antigua sede del Gobierno.

—¡Dyna! —gritó, llamándola. Pero no replicó.

Lory salió del vehículo para entrar a las ruinas, la volvió a llamar, con resultado negativo.

En medio de aquellas paredes deterioradas buscó con la mirada.

—¿Dónde te has metido? ¡Esto apesta! ¡Vamos. Dyna!... Igual que ella escuchó aquel extraño goteo, con la diferencia de que en seguida comprendió que se trataba de un detector.

—¿Quién está ahí? —gritó, y su voz resonó entre el destruido metal.

Se aproximó al ala izquierda, donde arrancaba el antiguo corredor, y el goteo se escuchó con mayor fuerza.

Es en el sótano, pensó.

El goteo avanzaba, y Lory tuvo la precaución de pegarse a uno de los paneles.

Pronto vio aparecer a un guarda. Era un ex sicario de Randell. Uno de los fieles servidores, que llevaba el detector en la mano. Era un aparato portátil, mediante el cual podía descubrirle fácilmente.

Lory se plantó ante él.

—¿Qué buscas?

El guarda, al verle, mostró temor. Al mismo tiempo, guardó silencio.

—¿Dónde está Dyna? Venía conmigo. ¡Vamos, habla! —instó Lory, ante el reiterado mutismo del guarda.

Lory avanzó hacia él y le arrebató de la mano el detector.

Lo graduó y escuchó un zumbido. La aguja indicó la proximidad de más gente.

El guarda echó a correr para meterse entre los escombros, que casi taponaban la entrada al sótano.

—¡Espera! —y Lory le siguió hasta darle alcance. Soltó el detector para sujetar al guarda, e impedirle que escapara.

El guarda trató de defenderse y derribó de un empujón a Lory para, seguidamente, intentar otra vez la fuga.

Lory se incorporó rápidamente y se lanzó contra él.

—Me conoces bien, y yo a ti. Te llamas Benker... No quiero hacerte daño porque siempre he odiado la violencia... Dime sólo dónde está Dyna.

Pero el otro se revolvió y soltó la pierna, con ánimo de alcanzar a Lory, que recibió un golpe en el brazo, pero tuvo tiempo de sujetarle la pierna y derribarle nuevamente.

Se lanzó contra él y le obligó a levantarse.

—Soy más fuerte que tú y más inteligente; puedo vencerte, Benker. Dime dónde está Dyna... y cuántos hay contigo. No tenéis nada que temer. No he venido a pelear. Bastante habéis hecho ya... Sólo basta con mirar en derredor.

Lory mantenía sujeto al guarda, que le miraba atemorizado.

—¡Vamos! ¡Habla! —ínsistió Lory.

—Yo… Yo...

—Estás aterrado. Es natural. Os horroriza vuestra propia destrucción.

— ¡Suéltalo, Lory! — dijo entonces una voz.

Había surgido de detrás de uno de los paneles. El hombre llevaba un tubo mortífero en la mano y le amenazaba.

Cuando Lory se volvió vio ante si al propio Randell.

— Dyna está conmigo —aclaró el jefe de la milicia de la ya ex Gran Ciudad.

—¡Conque eres tú! No te basta con lo que has hecho... ¿Qué quieres de nosotros?

—Sé que quedan muchos con vida: Lory, Stroud y los que se llevó a las cuevas.

— Si. ¿Y qué?

— Los necesito... A ellos y a todos los supervivientes. Tú te encargarás de reclutarlos. Sácalos de allí, reúnelos a todos en el antiguo palacio de Reuniones. Ahora es sólo un solar. Los quiero allí en seguida... o Dyna pagará las consecuencias. Advierte a Stroud. Su hija desaparecerá, si no cumple mis instrucciones.

—Has aniquilado a toda una generación, Randell, apenas si quedan unas cuantas mujeres, niños y viejos...

—Sé que también hay gente joven.

—No serán muchos.

—Los necesito a todos. Incluso a los niños. Reconstruiré la cuidad.

Ellos lo harán. Nadie ha dicho que la batalla se haya perdido.

—No hay nada que reconstruir, sino empezar de nuevo. Randell.

—Basta ya... Yo sigo siendo el jefe. Todo será como antes.

Ellos trabajarán. ¡A mi la guardia! —gritó.

Salieron hasta una docena de guardianes, polvorientos, cansados, todos llevaban armas en sus manos, tubos mortíferos.

—Tengo más gente, Lory. Cincuenta. Los suficientes... Serán los pioneros de la nueva policía. Los demás trabajarán para reconstruir la ciudad.

—¿Y de dónde sacarás a los científicos, a los técnicos?

—Algunos habrá, entre los cobardes que huyeron... ¿Y sabes? No me importó en absoluto dejarles libres porque sabía que iba a necesitarles.

—Pretendes utilizarles corno esclavos. ¡No cuentes conmigo! Manda a tus valientes policías.

— No. La antigua ciudad subterránea está llena de trampas.

Irás tú.

—Me niego.

—Mataré a Dyna ante tus propias narices. Lory. Sigo siendo el más fuerte. ¡Traedla!

Del subterráneo cuatro guardas trajeron a la muchacha. La habían despojado de sus ropas, y la llevaban sujeta por los pies y por los brazos, balanceándola como si quisieran arrojarla. Randell se aproximó a ella y la encañonó con el tubo.

—Puedo eliminarla aquí mismo. ¿Qué decides?

—Quiero ver a mi padre, antes de morir. Lory — murmuró ella.

— No. No morirás. Dyna... Una vez más la violencia se impone. Randell sabe que no te dejaré morir. ¡Cúbrala, Randell! No llene de ignominia un cuerpo inocente y trátela bien. Suelo ser pacifico, pero tengo mi punto límite.

—Tú harás lo que te diga.

—Cuídela, Randell, o no respondo. No siento el menor respeto por usted ni por los de su calaña.

Randell aproximó todavía más el tubo mortífero al rostro de la muchacha.

—Habla con Stroud. Procura no perder el tiempo. Antes del anochecer, él y todos los que se hallan escondidos deben estar reunidos en la plaza.

Lory tuvo que salir a cumplir el penoso encargo. En aquellos momentos la vida de Dyna era lo que más le importaba.

CAPÍTULO XVI

Los escondrijos de la antigua ciudad, ahora subterránea eran como gigantescas celdas de un hormiguero. Los agujeros entre las rocas formaban grutas naturales, que los supervivientes habían aprovechado para utilizarlas como moradas provisionales.

Lory, mientras descendía entre rampas, escaleras y desniveles naturales, anunciaba su presencia.

—¡Soy Lory! Necesito ver al Gran Stroud... —Lo decía en previsión de que cualquiera de las trampas que existían pudiera cerrarse.

Eran las trampas que había hecho construir el Gobierno cuando pretendía utilizar el subterráneo como refugio preventivo, en caso de una guerra cósmica.

Lory continuó descendiendo, envuelto en las tinieblas del subterráneo.

La voz de Stroud llegó hasta él.

—Sé bien venido, Lory. Sigue recto el sendero que estás utilizando. Estoy en la antigua plaza de la Catedral.

Siguió el intrincado vericueto, siempre en descenso. Notaba el aire húmedo, que le permitía respirar mucho mejor que en la superficie, impregnada del nauseabundo olor de la muerte.

El fondo de la monumental caverna era ancho, conservaba raíles de viejos transportes ferroviarios, que se remontaban a épocas muy lejanas, La bóveda, constituida por las rocas con que habían pretendido hundir la ciudad, quedaba alta, y la parte principal de aquel fabuloso recinto estaba iluminada por un sistema de mecheros electrónicos por batería, restos de la moderna civilización, destruida de la superficie.

Stroud estaba solo en el centro de la plaza. Al fondo quedaban las ruinas de la Catedral.

De todas partes empezaron a salir rostros asustados, formas que avanzaban como fantasmas, en espera de una buena nueva que jamás les llegaría.

—Pronto nos quedaremos sin luz y sin alimentos... —dijo Stroud—. Estamos condenados, a menos que tú aportes alguna solución.

—La única solución posible era trabajar en equipo para proceder a la renovación, pero no es posible. Tu hija es rehén de Randell. Pretende esclavizaros. Que trabajéis para él, o la matará.

— Mi pobre Dyna... — murmuró Stroud, vencido.

—Podemos rescatarla, si nos unimos todos.

—Randell tiene el poder —murmuró la voz de un miembro del Gobierno, que había querido seguir a Stroud.

—Randell está en una situación como la nuestra. Lo único que posee son armas, pero yo no pretendo hacerle la guerra. Los cerebros han demostrado que se puede vencer sin armas. Debemos pensar algo...

Nadie halló respuesta.

Un viejo, de aspecto despierto, rompió aquella angustiosa pausa:

—Debemos sufrir nuestra vergüenza. Una civilización que se creía privilegiada, en cuanto la privan de todo su tecnicismo se encuentra sin recursos... con los cerebros atrofiados, incapaz de resolver el más leve problema...

—No es hora de lamentaciones. Nuestro planeta ha pagado a muy alto precio su error —atajó Lory—. Salgamos. Salvaremos a Dyna y luego os llevaré a un sitio mejor. Sé que Maknell me ayudará.

—¿Maknell? —inquirió Stroud.

—Si. Vive en un lugar virgen. Es un sitio donde cabe toda la gente de buena voluntad. ¡Vamos! Dirigíos todos al solar donde estaba el palacio de Reuniones... Ven. Stroud, quiero darte instrucciones. Y necesito a alguno de los científicos.

Un hombre maduro salió entre la gente que había rodeado a Stroud y a Lory:

—¿Qué puedo hacer yo?

—Tengo una idea... Las armas que posee Randell no tienen el poder total para el que fueron construidas. Les falta la energía que les proporcionaba la central energética...

—Por supuesto, pero son mortíferas igualmente —murmuró el científico.

—Lo sé, pero hay un medio... Escuchad...

* * *

Había caído la noche sobre las ruinas de la ciudad. La gente fue llegando con aspecto sumiso y asustado. Stroud estaba al frente de todos: únicamente faltaban el científico y Lory.

Cuando estuvieron reunidos permanecieron algún tiempo en silencio, sin que Randell diera señales de vida.

Aparecieron primero una veintena de guardas, todos armados con los temibles tubos. .

—¡Juntaros bien! —fueron las órdenes—. ¡Vamos! ¡Apretaros! Esta no es una concentración de placer.

Cerca de allí estaba uno de los antiguos lagos, en cuyos bordes se hallaban los jardines de recreo. Allí donde acudían los heraldos del Cosmos a solicitar ayuda, y eran apresados ante la indiferencia general.

Allí estaban apiñados los supervivientes, aterrorizados por las armas de sus propios compatriotas.

Los guardas cercaron al grupo formado por varios cientos de seres indefensos.

Surgieron nuevos guardas hasta alcanzar la casi totalidad de las fuerzas de que disponía Randell.

Este fue el último. Avanzó majestuoso, después de bajar de una turbina que se había reservado para él.

—No veo a Lory entre vosotros —dijo. Nadie contestó.

—Bien. No me importa. El poder es mío, y vosotros tendréis que obedecer. Son tiempos malos y no existirá el descanso. Hay que empezar a trabajar. Nadie estará exento de hacerlo. Construiremos una ciudad pequeña, empezando por el palacio del Gobierno. Un grupo de obreros ocupará las ruinas de una de las fábricas de laminado, y día y noche construirá el material necesario. Los demás colaborarán en el levantamiento de los muros. Los más débiles limpiarán la ciudad, y no descansarán hasta que hayan terminado la labor. Si alguien se niega, morirá. No queremos inútiles, ni enfermos. Preferimos pocos, pero que sirvan.

Stroud se adelantó.

—¿Dónde está mi hija, Randell?

—Uno de mis guardianes la está cuidando y custodiando.

Ella es mi garantía de que no incitarás a la gente a la rebelión, Stroud —repuso Randell.

Surgió entonces una luz en lo alto de una semiderruida cúpula.

Era un haz potente, que iluminó todo el sector. Las armas de los guardas se volvieron hacia lo alto.

El bólido de Lory se paseó lentamente sobre las cabezas de los guardas. La voz del piloto surgió a través de un potente transmisor:

—Vosotros carecéis de energía, pero mi aparato no. Es una fábrica permanente y dispongo de armas superiores a las vuestras. Se acabó tu mandato, Randell. Ordena a tu gente que se entregue. No habrá más muertes ni más esclavos. Puedo aniquilaros a todos... lo sabéis bien.

El bólido dejó escapar un chorro de fluido. No era mortal, pero si una prueba de poder de la nave.

Algunos guardas retrocedieron, asustados.

—Si sólo creéis en la fuerza, en ella vais a perecer — añadió la voz de Lory.

—Volved aquí... ¡Utilizad las armas! — rugió Randell.

Pero aun cuando algunos guardas obedecieron la orden, el piloto supo esquivar, y además sabía que, sin una fuente energética, aquellos tubos no podían dañar en demasía el aparato.

Las evoluciones continuas de Lory acabaron por atemorizar a la totalidad de los sicarios de Randell que, exasperado, disparó contra ellos.

—¡Malditos cobardes! ¡Volved!

Algunos guardas se revolvieron contra su jefe, que tuvo que huir para no ser alcanzado.

El bólido seguía evolucionando sobre sus cabezas, causando el pánico en medio de la oscuridad, taladrada únicamente por los potentes focos de aquella central electrónica volante, que estaba en plena posesión de toda su energía.

El científico, entretanto, estaba utilizando una de las baterías de la nave para improvisar el foco que iluminaba las correrlas de la gente del ex jefe de la milicia, los cuales seguían huyendo, mientras caían, deslumbrados.

La misma oscuridad protegía a los supervivientes, a quienes Stroud ordenó,

—Dirigíos a la explanada de la base. Lory dirá lo que tenéis que hacer.

—Stroud, ¿adónde va usted? —preguntó el viejo filósofo.

—Con mi hija.

—No. Lory dijo que la salvaría. No vaya. Usted no lleva armas.

—Tengo que hacerlo. Quiero estar con ella —repuso el vencido gobernante.

Avanzó por entre las ruinas, mientras las llamaradas de las armas de los guardas surgían por doquier. Se mataban unos a otros, enloquecidos, deslumbrados. Disparaban sin saber contra quién. Se

habían dividido en facciones y Randell disparaba también contra todos, en un momento de suprema locura.

El bólido dejó de evolucionar. Lory había entrado ya en las ruinas del gabinete del Gobierno y se dirigía hacia los subterráneos.

Abajo, en una pequeña sala, un guarda tenía a Dyna atada, inmovilizada, y se mostraba intranquilo; paseaba nervioso.

—¡Mátame de una vez! —dijo Dyna—. No quiero ser la causa de que mis compatriotas vivan en la esclavitud. Ya han sufrido demasiado.

—¡Cállate! Tengo que hacer esto, ¿comprendes? Me lo han ordenado.

—Tienes miedo. Eso es lo que te ocurre.

—¡He dicho que te calles! —gritó el guarda.

Se volvió de pronto con una sospecha, y quiso utilizar el arma que llevaba, pero se encontró con Lory, que estaba en pie junto a la entrada de la estancia.

— No, amigo. Tú no usarás esto contra mi. Ya nada puedes hacer para cambiar las cosas.

El guarda estaba como atónito.

—¿Dónde..., dónde está Randell?

—Ha perdido la batalla... Voy a llevarme a Dyna.

—No, no... — trató de resistirse el otro, pero no se decidió a utilizar su arma. Luego, lentamente, bajó el brazo y la dejó caer.

—Esto está bien. Nada de violencias. Desata a Dvna.

—Si... Si, Lory. .

El guarda obedeció de una forma extraña, como si el poder de la mirada de Lory bastara para sentirse como si fuera un lacayo suyo.

Dyna tampoco acababa de comprender.

Fue la aparición de Randell la que le devolvió a la realidad.

—¡No, Lory! No te saldrás con la tuya.

Y Randell le encañonaba, con ansias de matarle. El guarda había terminado de desatar a Dyna.

CAPÍTULO XVII

En las calles se habían producido las últimas escaramuzas.

Ya no quedaban guardas. El pánico había sido la causa de que se mataran entre si.

En el lugar que antes había ocupado la base, la gente aguardaba el regreso de Lory, que había prometido llevarles a la tierra de promisión para empezar una nueva vida, pero Lory seguía sin aparecer.

Y en el subterráneo del antiguo gabinete del Gobierno, Randell continuaba con la voz cantante:

—No le saldrás con la tuya. Lory. Te mataré. No me importa quedarme solo. Te mataré…

—No he venido a hacer justicia, pero no dejaré que emplee, la violencia contra nosotros.

Los ojos de Lory miraban fijamente a Randell, que tuvo que parpadear.

—No tienes ningún poder sobre mí. Ni siquiera llevas armas…

— Este no es un obstáculo. Suelta lo que llevas en la mano.

Estás vencido. Tu afán desmesurado de poder ha llevado la ruina a esta civilización privilegiada. Nada podrá crecer en este habitáculo. Ya has causado bastante daño.

—No me convencerás. Lory… ¡Tú, Skapper! Vuelve a atar a Dyna. Te lo ordeno.

Skapper era el guarda que, sin embargo, se mantuvo inmóvil cerca de la muchacha a la que acababa de liberar.

—¡Te he dicho que la vuelvas a atar!

Skapper reaccionó de un modo extraño.

—No. No lo haré. Lory tiene razón. Ya se ha producido bastante daño. Quiero ir a esa tierra de la que ha hablado.

—Eres un traidor, Skapper. No me obligues a disparar.

—¡No, Randell! —exclamó Lory.

—No le tengo miedo —repuso Skapper, y avanzó hacia su ex jefe.

Randell se mostró implacable, como siempre. Sin piedad de ninguna clase, accionó el botón de su tubo mortífero, de cuya boca surgió el fuego en menor densidad, pero igualmente letal.

Skapper se llevó las manos al pecho y cayó hacia atrás.

Parte de su cuerpo se quemó rápidamente, mientras la estancia se llenaba de un olor desagradable.

—Creías que no era capaz, ¿verdad, Lory? Bien, tú mismo atarás a Dyna ahora... Y si no obedeces te ocurrirá lo mismo que a Skapper.

—Pobre, pobre Randell. No comprendes la realidad.

—Soy el ser supremo de este habitáculo, y todos tendrán que obedecerme.

—Estás solo.

—Pero yo tengo un arma. Has hecho mal en abandonar tu bólido, porque ahora será mío. Y os dominaré a todos... Tú nunca serías un buen jefe. Te faltan arrestos.

—Siento que pienses así, sólo porque en lo único que puedes creer es en la violencia.

—¡Basta de palabras! Ata a Dyna. Por última vez...

No pudo ver cómo Lory cumplía su orden porque, a su espalda, surgió la voz de Stroud:

— No lo hará, Randell.

Y Randell se volvió hacia su ex jefe.

— ¡Quieto, Stroud! —gritó.

Pero Stroud, a pesar de su escasa agilidad, se lanzó contra él. Ya no era por una tardía reacción, sino por su hija. Su deseo de salvarla de aquella situación.

Lory quiso impedir la lucha, pero los dos hombres rodaban ya por el suelo. Stroud intentaba hacerse con el arma de su antagonista, pero Randell se resistía; algo más joven y más ágil, consiguió dominar a su adversario, por unos momentos.

Stroud ponía en la pelea el máximo tesón, y quizá su premio fue el de conseguir arrancar el arma a su adversario, a quien disparó a quemarropa.

Con los ojos desmesuradamente abiertos. Randell cayó ardiendo. El fuego consumió rápido parte de su cuerpo.

Stroud quedó en pie, casí tambaleándose. El esfuerzo había sido supremo, y estaba a punto de caer.

—Sois libres. Ojalá sepáis usar de esa libertad. Fueron sus últimas palabras, pues cayó agotado. Lory confirmó:

—Ha muerto.

CAPÍTULO XVIII

Lory y Dyna se reunieron junto a los supervivientes de aquel pueblo abatido, humillado y vencido.

Rostros demacrados, cuerpos extenuados, oprimidos por la fatiga y la escasez de alimentos, aguardaban el momento de partir hacia la nueva Galaxia.

—Pediré a Maknell que me conceda las naves suficientes para que os pueda transportar a todos. Sé que me ayudará. Tendré que alejarme por algún tiempo. No será mucho. La ruta es larga, pero mi nave es rápida. Os dejaré todos los alimentos y medicamentos que llevo conmigo. Dyna y yo no vamos a necesitarlos.

Lory hizo subir a Dyna a la nave y se dispuso a partir.

—Ahora no debéis temer nada. Os aseguro que olvidaréis estos días de angustia. Hay un puesto para vosotros en la Galaxia XXI.

La nave se elevó, mientras un puñado de corazones esperanzados aguardaban su regreso.

Ya en pleno espacio. Lory detectó los bólidos. Eran dos señales luminosas en la pantalla. Dos señales en el espacio infinito.

—Se parecen a la nave que vimos al llegar, cuando reparabas la turbina, Lory.

—Si, es cierto, y parece que tomar el rumbo a nuestro planeta.

Lory manipuló para conocer más detalles. Por fin, consiguió las señas de los tripulantes de aquellas naves extranjeras. Añadió:

—Son seis. Van tres en cada nave y proceden de un lugar desconocido.

Dyna leyó las notas de la pantalla:

—Pertenecen a una raza inferior. Su viaje es en misión experimental.

—No creo que sean peligrosos, pero será conveniente observar.

Desde las pantallas de la nave, Lory pudo observar cómo las dos naves parecían tomar rumbo hacia el planeta, y conectó los receptores de distancia para detectar más detalles.

Así pudo escuchar la voz de uno de los pilotos:

—Mira allá abajo, Petrovich. Es un planeta. Se ven ruinas a través del visor.

—No son ruinas, serán montañas…

—Acércate un poco más, pero con cuidado, Petrovich, creo que se mueve alguien. No se ve muy bien; estamos aún demasiado lejos.

El lenguaje que utilizaban era distinto al de los habitantes del planeta, pero tanto Lory como Dyna podían descifrarlo gracias al traductor automático, que comprendía todos los idiomas del Cosmos.

—Hablan de una forma extraña… Me gustaría saber cómo son —comentó ella.

—Nos aproximaremos —repuso Lory, e hizo evolucionar la nave—.

Voy a mandarles un mensaje —añadió.

Pulsó unos botones para transmitir en clave, de forma que el traductor automático les hiciera recibir el mensaje en la propia lengua que utilizaban los extranjeros.

En seguida, los de la nave reaccionaron.

—Parece que alguien está transmitiendo un mensaje.

—Debe ser de la base. Aquí no hay nadie, Ivanov, estás viendo visiones. Debe tratarse de la enfermedad del espacio,

—Corrige el receptor, Petrovich. Sostengo que acabo de escuchar una transmisión, pero no logro comprenderla.

—No lo captan —comentó Lory—. Seguramente no esperaban encontrar seres vivientes. Es una lástima...

— Mira —exclamó ella, señalando la pantalla en la que habían aparecido los rostro de dos de los tripulantes.

— Son los extranjeros.

—Se parecen a nosotros.

—Sus rostros, sus cabellos, y hasta su estatura...

—Están descendiendo más rápidamente — adujo ella —. No pueden vemos porque estamos a demasiada distancia.

En aquellos momentos, una de las pantallas del cuadro de mandos reflejó a la multitud de supervivientes que, al observar la proximidad de las naves extranjeras, huían despavoridos, buscando nuevamente refugio en las cavernas.

—¡Tienen miedo! Piensan que van a atacarles —murmuró Lory.

—Regresemos, Lory,

Entonces surgió una transmisión especial. Era la voz de Maknell, que transmitía una orden. Una voz pastosa, persuasiva, grave y segura. Una voz que invitaba a escuchar y a obedecer.

—No, Lory. Déjales. Ellos no pueden ir a la Galaxia XXI. Quizá alguna vez, cuando sean simples seres pensadores; ahora, no. Déjales que corran su propia suerte.

—Pero hay muchos inocentes, Maknell, y están atemorizados.

— Deben valerse por sí mismos, y no dudes que lo conseguirán... Fíjate bien en lo que ocurre allá abajo. Míralo a través de las pantallas. .

En el planeta estaba ocurriendo algo insólito; los extranjeros habían descendido de la nave. Algunos de los supervivientes estaban cerca de ellos, atemorizados, como si les faltaran fuerzas para huir, otros corrían todavía. Pero lo más curioso era que los recién llegados no habían reparado en ellos. Miraban únicamente las ruinas, a través de sus extrañas escafandras.

—Parece que no les hacen el menor caso —comentó Dyna, extrañada.

Lary comprendió,

—No es eso, Dyna. Ocurre, simplemente, que no les ven. La explicación de tal fenómeno surgió de la voz de Maknell,

—Exacto. Los ojos de esos extranjeros tienen una visión distinta, sólo pueden percibir ciertas cosas de ese planeta... Regresarán al suyo, y contarán la que han visto; ruinas, tierra distinta a la suya, y materia extraña, de la que se llevarán muestras para analizar. Medirán el aire y encontrarán un oxígeno distinto al suyo, irrespirable, porque su mentalidad no está la suficientemente desarrollada para adaptarse. Están en sus comienzos. Es el año 2500 de su era.

—¿Quiénes son?

—Los terrícolas. Lory. Un lejano planeta, del que quiero que te ocupes. Esta será tu misión.

* * *

¡Los terrícolas!

Habían abandonado la superficie del planeta, a bordo de sus naves.

El llamado Petrovich insistía en que había escuchada un mensaje, pera no quisieron hacerle caso.

Lory preguntó a Maknell?

—¿Cuál será mi misión?

—Introducirte en su ambiente. Tú y Dyna seréis una pareja más en su ambiente. Estudiaréis sus costumbres y vigilaréis su forma de proceder. Cuando sepas lo suficiente, ya decidirás si quieres llevar a los supervivientes al planeta Tierra.

—Pero tú mismo has dicho que no pueden vernos.

—En su planeta, si Lory.

—¿Por qué me has elegida a mí, Maknell?

—¿Tengo que decírtelo? ¿No lo has comprendido aún?

—Perdóname si soy un poco torpe. Tú eres más inteligente que yo.

—Tú también eres realmente un ser inteligente. Conseguiste que el guardián que custodiaba a Dyna te obedeciera sin resistencia, y hubieras lograda lo misma de Randell, a pesar de que era un ser maligno...

—Estás tratando de decirme que mi cerebro puede dominar a los demás...

—¿Tú qué crees? Adiós, Lory. Algún día volveremos a vernos... en la Galaxia XXI —Y se cerró la conexión.

—Es un hombre extraño, ¿verdad?

—Voy entendiendo, Dyna. Claro que voy entendiendo... —murmuró Lory, entornando los ojos —. Él lo ha dicho

Y tras un silencio, añadió:

—Esos a los que llamó terrícolas no pueden vernos... Del mismo modo que nosotros tampoco podíamos ver a los cerebros, a los seres pensantes de la Galaxia XXI. ¡Somos como ellos, Dyna!

—Si... ahora también empiezo yo a comprender.

—Esos seres de la Galaxia XXI pertenecen a una raza superior, del mismo modo que nosotros somos superiores a los terrícolas. ¡Ellos tampoco pueden vemos! Aunque en su ambiente sea distinto, mantendremos esa superioridad... Y podremos influir en su forma de ser y de gobernar... Maknell nos ofrece un nuevo mundo para nosotros. Eso es lo que ha querido decir. Un mundo que podemos

conquistar sin derramar sangre, viviendo simplemente con sus semejantes.

Sonrió, después de mucho tiempo de no hacerlo, y puso proa a la Tierra.

EPÍLOGO

Para Lory y su pareja no fue necesario mucho tiempo para asimilar la forma de vivir de los terrícolas. Estudiaron rápidamente sus palabras, sus cuentas, su cultura, y aprendieron sin dificultad, sus ciencias y sus religiones.

Una tarde, en su nuevo hogar, y después de hojear un libro, Lory comentó:

—¿Te das cuenta? Los creyentes hablan del Cielo, un lugar destinado a la gente buena, y creen en un Ser Superior.

—Tú siempre has dicho que ese Ser existe, Lory.

—Creen que está en todas partes y que fue el Creador de todas las cosas.

—Más o menos, tú has dicho estas mismas palabras alguna vez, las has escrito. ¿Recuerdas?

—Si… —quedó pensativo—. Yo creo en este Ser. Dyna también pensaba…

En Maknell.

Era Maknell.

Ambos pensaban la misma cosa.

FIN

[1] Turborreactor para desplazamientos a ras de suelo sin ruedas y totalmente automático. Funciona programando la velocidad. No precisa de manejo alguno.